

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XII

15 DE ENERO DE 1903

Nº 266

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

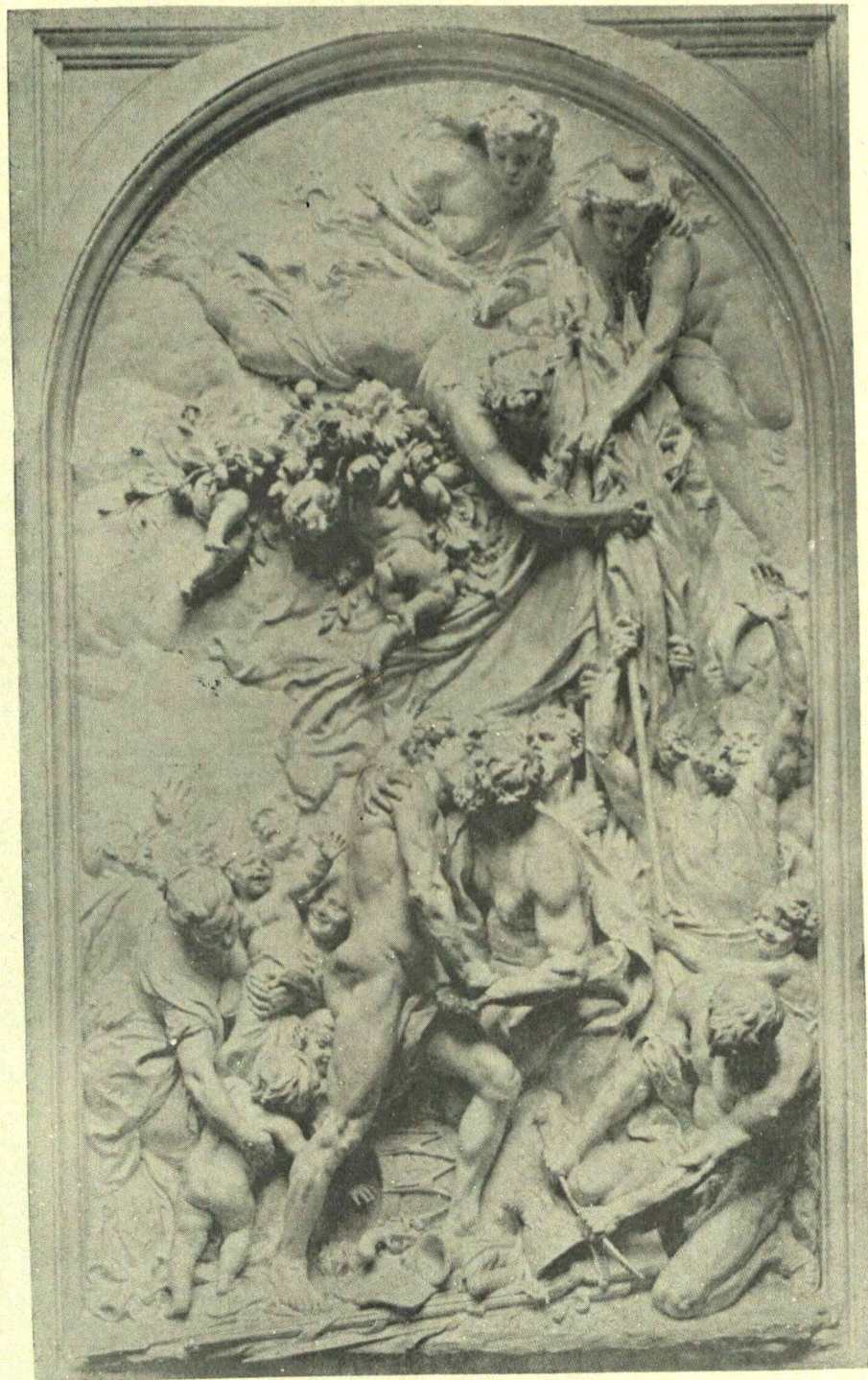
EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LA ALIANZA DE LOS PUEBLOS. — Por Dalou

GEOMETRIA MORAL

(CAPÍTULOS DE UNA OBRA PÓSTUMA DE DON JUAN MONTALVO)

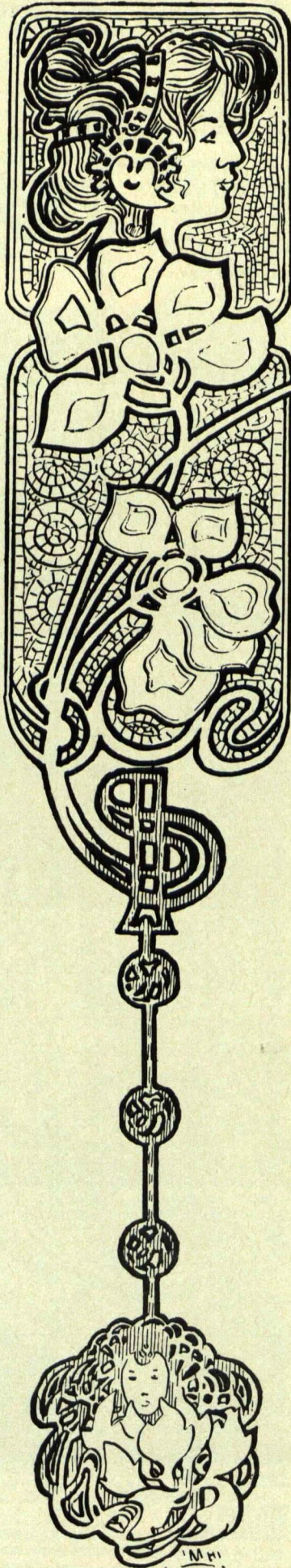


¿preguntamos qué cosa influye más favorablemente en las mujeres respecto de nosotros, no podremos sentar una regla general sin exponernos á un error grosero. El vulgo suele llamar destino esas conexiones misteriosas que aproximan á dos almas por vías no conocidas y

las unen con los lazos del amor; y el destino, cabalmente, es divinidad oculta que obra según una ley secreta, y cumple sus fines señalados en la órbita de la creación. El destino no es el genio del vulgo; es, al contrario, el simbolo de la filosofía, que ejerce su poder con voluntad incontrastable, con mano irresistible, disfrazado de sombra, ó más bien de una nada que no está sujeta á la vista, al tacto ni al oído. Esclavos del destino, su intención es ley para nosotros: severas sus órdenes, y las cumplimos; dura su voluntad, y no hay resistencia. Destino es hecho consumado, contra el cual ni protestamos ni nos rebelamos. Destino es providencia: destino es orden de Dios, y todo está dicho.

«Será mi destino», responde la niña apasionada, cuando su madre pone en su conocimiento la justa pretensión del que la adora; «será mi destino»; y baja los ojos, confundida en delicada vergüenza. El destino está aquí supliendo al puro, dulce *si*: el *si*, encarnación del amor, en cuyas entrañas circunscritas viene apiñada una vida entera, esto es, felicidad ó desgracia de muchos años. El *si* es un resumen temible. «Hágase el mundo», dijo el Creador, y el mundo fue hecho. «*Si*», responde una mujer, y su mundo está hecho: si bueno ó malo, si bañado en luz ó revuelto en tinieblas, no lo sabe todavía. El *si* es el destino: y, cosa rara, el destino, que es ley ciega, inexorable, brota de la punta de la lengua mediante la voluntad bien consultada. «Será mi destino», dice la novia para dar á entender que se somete á una orden de la Providencia; y ella misma, en plena posesión de su juicio y su albedrío, ha formado su destino con una palabra de dos letras.

«Fue mi destino, exclama entre sollozos la esposa desgraciada; esto es, dije *si*, y me condené á las lágrimas; dije *si*, y acepté maltratos, desprecios, insultos de parte de un hombre necio y grosero; dije *si*, y no me aterraron engaños, deslealtades, ausencias inicuas de un libertino; dije *si*, y no eché de ver el rostro sangriento de los celos, que con mirada agresiva me estaba amenazando; dije *si*, y no me retrajo el hambre con su semblante descarnado; dije *si*, y me veo sin fuerza debajo de este adorado peso de hijos perdidos, de hijas sin esperanza.»



El *si* le trajo en su seno diminuto á esa pobre mujer el mundo de padecimientos y dolores que no podrá echar á un lado, por más que se enderece y arroje gritos lastimeros. Fue su destino: la esencia del destino es matar, siendo contrario; dar vida y alegría, siendo propicio.

Esa muchachita cuyas mejillas están ardiendo en malicia de serafines, malicia que no es sino la inocencia apasionada; cuyos ojos son el prisma donde se están reflejando los triunfos y las felicidades del tiempo venidero; cuyos labios sirven de instrumento á la música del cielo, pues no es otra cosa que música del cielo el armonioso guirigay de una niña pura y tierna, música sin mesura, pero grata al oído; esos brazos descubiertos, cilindricos, blancos, donde la gordura reposa sin pecado; esa manecita que parece pinza viva de tomar flores del Paraíso; esa cabellera derramada por sobre los hombros en tirabuzones de oro; esos anillos de su propio pelo que le adornan la frente como rubias estrellas; esa garganta que semeja el torno encantado en el cual se han de labrar en otro tiempo los más expresivos y deliciosos suspiros; ese pecho donde la carne humana se está desarrollando al influjo de la voluptuosidad futura; esa pierna, gorda sin peligro, desnuda sin impudicia, á cuyo extremo el piecico, bien calzado, huella en gracioso menudeo los picaruelos genios del amor, que van saltando alegres y siguiéndole; ese como ente divino, paloma en configuración humana, espíritu de Dios puesto á la vista en pura carne; ese extracto delicado de inteligencia y amor, fruto ha sido del fecundo *si*.

El sabio, el poeta, el héroe, todos le deben la vida al *si*; al *si* le debe el mundo sus héroes, sus poetas y sus sabios. El *no* es el reino de la nada, abismo que se está tragando esa gran parte del género humano que deja de nacer por falta de voluntad. El *no* es la muerte, vacío mezquino; la luz no halla elemento en sus espacios; ausencia egoísta, no contiene simiente de ningún linaje. El *si* es vida, fuerza, poder; es el universo iluminado por la misericordia del Todopoderoso, que gira eternamente en la órbita de lo infinito, obedeciendo á la voluntad soberana, que es el inmenso *si*, figura del Creador. El sol es un *si* resplandeciente; esa estrellita que está pestañeando en un descampado de la bóveda celeste, visible apenas, á causa de los millones de leguas que la separan de nosotros, es un *si* remoto, confuso, pero grato á los oídos del espíritu; suspiro ahogado en un océano de alegría, ay de felicidad imcomprensible, suena y silencia, de modo que la oye y no la imaginación del filósofo que la contempla á porfía, rompiendo con la vista y el pensamiento las inmensidades que se dilatan alrededor, en círculo al cual no hay diámetro que alcance. Multiplicador sublime, el *si* es origen y fuente de todo cuanto existe; el amor es un *si* incrustado en el corazón; el placer es un *si* echado al mundo en forma de atrevimiento; el deseo es el *si* que sube á Dios y le alegría, en siendo legítimo y puro; cae, y se convierte en demonio, como el ángel maldito, en siendo bajo y sin fuero. No, genio tenebroso, agente de la desesperación, yo te maldigo.

El *si* es la línea recta en la Geometría moral; de un punto á otro se va sin que nadie la contenga ni la entorte. Diámetro del universo, le sirve al propio



FLORES DE PRIMAVERA. — For A. Schram

GEOMETRIA MORAL

(CAPÍTULOS DE UNA OBRA PÓSTUMA DE DON JUAN MONTALVO)

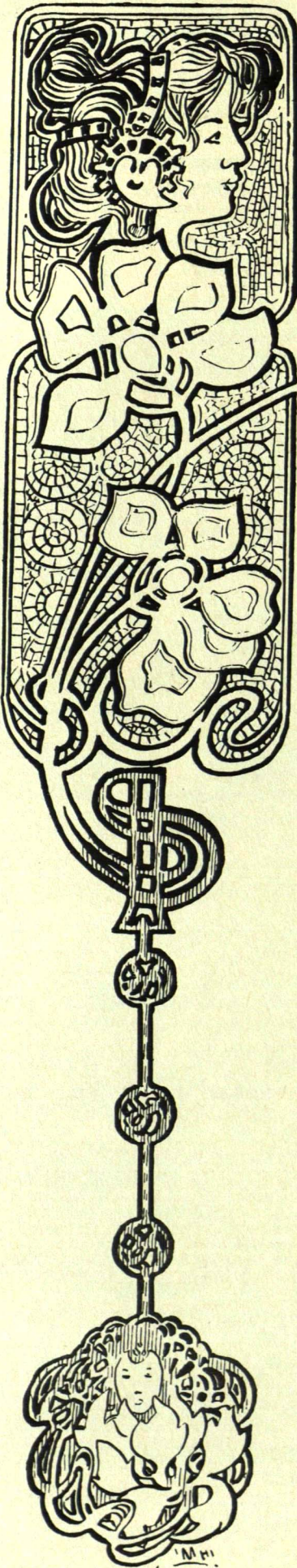


preguntamos qué cosa influye más favorablemente en las mujeres respecto de nosotros, no podremos senar una regla general sin exponernos á un error grosero. El vulgo suele llamar destino esas conexiones misteriosas que aproximan á dos almas por vías no conocidas y

las unen con los lazos del amor; y el destino, cabalmente, es divinidad oculta que obra según una ley secreta, y cumple sus fines señalados en la órbita de la creación. El destino no es el genio del vulgo; es, al contrario, el símbolo de la filosofía, que ejerce su poder con voluntad incontrastable, con mano irresistible, disfrazado de sombra, ó más bien de una nada que no está sujeta á la vista, al tacto ni al oído. Esclavos del destino, su intención es ley para nosotros: severas sus órdenes, y las cumplimos; dura su voluntad, y no hay resistencia. Destino es hecho consumado, contra el cual ni protestamos ni nos rebelamos. Destino es providencia: destino es orden de Dios, y todo está dicho.

«Será mi destino», responde la niña apasionada, cuando su madre pone en su conocimiento la justa pretensión del que la adora; «será mi destino»; y baja los ojos, confundida en delicada vergüenza. El destino está aquí supliendo al puro, dulce *si*: el *si*, encarnación del amor, en cuyas entrañas circunscritas viene apiñada una vida entera, esto es, felicidad ó desgracia de muchos años. El *si* es un resumen temible. «Hágase el mundo», dijo el Creador, y el mundo fue hecho. «*Si*», responde una mujer, y su mundo está hecho: si bueno ó malo, si bañado en luz ó revuelto en tinieblas, no lo sabe todavía. El *si* es el destino: y, cosa rara, el destino, que es ley ciega, inexorable, brota de la punta de la lengua mediante la voluntad bien consultada. «Será mi destino», dice la novia para dar á entender que se somete á una orden de la Providencia; y ella misma, en plena posesión de su juicio y su albedrío, ha formado su destino con una palabra de dos letras.

«Fue mi destino, exclama entre sollozos la esposa desgraciada; esto es, dije *si*, y me condené á las lágrimas; dije *si*, y acepté maltratos, desprecios, insultos de parte de un hombre necio y grosero; dije *si*, y no me aterraron engaños, deslealtades, ausencias inicuas de un libertino; dije *si*, y no eché de ver el rostro sangriento de los celos, que con mirada agresiva me estaba amenazando; dije *si*, y no me retraje el hambre con su semblante descarnado; dije *si*, y me veo sin fuerza debajo de este adorado peso de hijos perdidos, de hijas sin esperanza.»



El *si* le trajo en su seno diminuto á esa pobre mujer el mundo de padecimientos y dolores que no podrá echar á un lado, por más que se enderece y arroje gritos lastimeros. Fue su destino: la esencia del destino es matar, siendo contrario; dar vida y alegría, siendo propicio.

Esa muchachita cuyas mejillas están ardiendo en malicia de serafines, malicia que no es sino la inocencia apasionada; cuyos ojos son el prisma donde se están reflejando los triunfos y las felicidades del tiempo venidero; cuyos labios sirven de instrumento á la música del cielo, pues no es otra cosa que música del cielo el armonioso guirigay de una niña pura y tierna, música sin medida, pero grata al oído; esos brazos descubiertos, cilíndricos, blancos, donde la gordura reposa sin pecado; esa manecita que parece pinza viva de tomar flores del Paraíso; esa cabellera derramada por sobre los hombros en tirabuzones de oro; esos anillos de su propio pelo que le adornan la frente como rubias estrellas; esa garganta que semeja el torno encantado en el cual se han de labrar en otro tiempo los más expresivos y deliciosos suspiros; ese pecho donde la carne humana se está desarrollando al influjo de la voluptuosidad futura; esa pierna, gorda sin peligro, desnuda sin impudicia, á cuyo extremo el piecico, bien calzado, huella en gracioso menudeo los picaruelos genios del amor, que van saltando alegres y siguiéndole; ese como ente divino, paloma en configuración humana, espíritu de Dios puesto á la vista en pura carne; ese extracto delicado de inteligencia y amor, fruto ha sido del fecundo *si*.

El sabio, el poeta, el héroe, todos le deben la vida al *si*; al *si* le debe el mundo sus héroes, sus poetas y sus sabios. El *no* es el reino de la nada, abismo que se está tragando esa gran parte del género humano que deja de nacer por falta de voluntad. El *no* es la muerte, vacío mezquino; la luz no halla elemento en sus espacios; ausencia egoísta, no contiene simiente de ningún linaje. El *si* es vida, fuerza, poder; es el universo iluminado por la misericordia del Todopoderoso, que gira eternamente en la órbita de lo infinito, obedeciendo á la voluntad soberana, que es el inmenso *si*, figura del Creador. El sol es un *si* resplandeciente; esa estrellita que está pestañeando en un descampado de la bóveda celeste, visible apenas, á causa de los millones de leguas que la separan de nosotros, es un *si* remoto, confuso, pero grato á los oídos del espíritu; suspiro ahogado en un océano de alegría, ay de felicidad incomprensible, suena y silencio, de modo que la oye y no la imaginación del filósofo que la contempla á porfía, rompiendo con la vista y el pensamiento las inmensidades que se dilatan alrededor, en círculo al cual no hay diámetro que alcance. Multiplicador sublime, el *si* es origen y fuente de todo cuanto existe; el amor es un *si* incrustado en el corazón; el placer es un *si* echado al mundo en forma de atrevimiento; el deseo es el *si* que sube á Dios y le alegra, en siendo legítimo y puro; cae, y se convierte en demonio, como el ángel maldito, en siendo bajo y sin fuero. No, genio tenebroso, agente de la desesperación, yo te maldigo.

El *si* es la línea recta en la Geometría moral; de un punto á otro se va sin que nadie la contenga ni la entorte. Diámetro del universo, le sirve al propio



FLORES DE PRIMAVERA - Por A. Schram

tiempo de eje, sobre el cual está girando y consumando las operaciones que, en forma de leyes naturales, son la voluntad cumplida del Altísimo. El *si* va rectamente del un amante al otro, pasando sin torcedura por el sagrado tropezón que llamamos matrimonio. El *si* de la madre es alegría para la hija; á los ruegos empapados en lágrimas de la una, la otra responde un *si* endulzado con inefable sonrisa; á la pretensión del joven, pretensión tanto cuanto atrevimiento, el viejo consiente en un ligero menoscabo de sus derechos, é iluminando su fosca sonrisa con un destello de amor, profiere el *si*, fuente de gozo. Entre el hijo y el padre, la hija y la madre, hay una línea recta que, entrándose por sus extremos en los corazones, une las almas y reduce á una persona moral los dos cuerpos distintos; el *si* es un dios propicio, en cuyo alegre pecho hierve una luz de mil colores. El *no*... Animal ciego, *no*, pesado topo, tú no vives; sin luz no hay vida, y tú eres la noche del lenguaje humano, discordancia mezquina de voluntades. El *no* es una curva llena de quiebro; por esta línea fermentada no podemos salir á ninguna parte. Cuando, á pesar suyo, nos metemos por sus dominios, todo es obscuro y cerrado. La ignorancia es un *no* rústico; la avaricia, un *no* sórdido vestido de andrajos. El hambre misma es negación desesperada; y la muerte, un *no* espantoso que ciega y aturde al mundo con su obscuridad y su silencio.

El *si* en boca de la mujer, es su sentencia; juez en propia causa, mira muy bien lo que hace; justicia la salva, iniquidad la condena. ¿Qué hacemos los hombres para convencer á este juez? Convencerle, nada hay que le convenza;

nuestro asunto es conmoverle. Destino es cosa no tan ciega como dicen: origen reconoce y motivos que le determinan: á unos hermosura; á otros valentía; á éstos inteligencia; á éstos generosidad; á

licidad; cadena de un eslabón que une estrechamente dos personas; y tan bien templada, que á todo resiste: oposición, rivalidad, tiranía; no hay cosa que la rompa. Ausencia, sí; ausencia larga y

callada, la suele disolver como por encanto. Vieja hechicera, la ausencia tiene ensalmos con que todo lo deshace; hierbas con que labra olvido. Salvo que el corazón de un hombre sea espejo impregnado de una sustancia milagrosa, y la imagen de su querida se estampe en él para todo un siempre, por mano del ángel de la constancia. Olvido... olvido... ¿Cómo olvido? Aún no principia la historia del amor, y ya tocamos con el olvido, cadáver invisible, cuya virtud es no tener olor ninguno? Olvido es fin, amor principio: pluguiese al cielo que fuésemos infinitos en el no acabar de amar, y nos estuviéramos consumiendo en esa pasión divina si quiera hasta el día de la muerte. ¡Hasta el día de la muerte, pues hasta allí son los olvidos, los desengaños y las pesadumbres! De la sepultura al otro lado comienza el amor verdadero, amor grande, el amor en que arden los serafines, sin anonadarse en medio de esas llamas violentas de gloria

que los envuelven, llenando la eternidad alrededor de Dios, que es la suma belleza. Este amor es sagrado: no lo profanemos; llenando de pureza las entrañas, templando la lengua á la música de los coros celestiales, hablaremos de él alguna vez; ahora somos profanos; las pasiones mundanas tumultúan en nuestro flaco pecho, y allá vamos á averiguarnos con ellas, rompiendo por el torbellino en que traen revuelto el mundo.





MUSEO DEL LOUVRE: Cuadro de Luis David

CANCION DE ALÍ

¡ Quién fuera, sultana linda,
Aquel árbol tan sombrío
Que cubre tu baño frío
Con sus ramas !
¡ Dí si quieres que lo sea,
Que aunque es imposible cosa,
Me basta saber, hermosa,
Cuánto me amas !

¡ Quién como glorioso Emir,
Perla rica de Estambul,
Navegase el mar azul
A tu lado ;
Señor de una nave llena
De sedas y pedrería,
En tu seno al fin del día
Reclinado !

¡ Al són de su leve canto
Con un paso firme y cierto
Quién guiase en el desierto
Tu camella !
Dejase la caravana
De sus amigos mejores,
Por hablar sólo de amores
Con tal bella !

¡ Quién tuviera para tí
Minas de diamante duro,
Zafiros de color puro
Celestial,
Piel de manchado tigre,
Mil ciudades, mil honores
Y mil negros pescadores
De coral !

¡ De Delhí las maravillas,
De los reyes el tesoro,

Trípodes de nácar y oro
Rutilantes,
Con las frutas que se crían
De Damasco en los confines,
Y purpúreos palanquines,
Y elefantes !

¡ Quién marchara á los combates,
Gloria de la primavera,
Con un beso que le diera
Tu beldad !
De las cortas azagayas
A los tiros agarenos,
Murieran los nazarenos
Sin piedad.

Fugitivo por las sirtes,
Buscando de airados mares
Entre bruma de pesares
Largo giro.

¡ Quién tuviera en favor suyo,
En medio de la honda inquieta,
Como súplica al Profeta,
Tu suspiro !

¡ Quién en lóbrega mazmorra,
Reina de las azucenas,
Al són de duras cadenas
Del dolor,
Pudiera cantar tu nombre,
Sin tener más luz ni gloria
Que la plácida memoria
De tu amor !

¡ Quién fuera, sultana linda,
Aquel árbol tan sombrío
Que cubre tu baño frío
Con sus ramas..... !
Dí si quieres que lo sea,
Que aunque es imposible cosa
Me basta saber, hermosa,
Cuánto me amas !

EL P. AROLAS.

BEATI QUI MORIUNTUR

(INEDITO).

Mortal que de la vida en el camino
Mueves la planta incierta y destrozada,
Buscando un horizonte á tu mirada
Cuando ruge furioso el torbellino,

Adelante, adelante; tu destino
Te ordena proseguir: la faz alzada
Soporta la tormenta desatada
Con la fe y el valor del peregrino.

Riscos, torrentes, procelosos mares,
O desiertos sin luz te da la suerte,
Y un corazón que alienta de pesares.

Tu duelo el mundo frívolo no advierte...
Mas ¡ oh dicha inmortal ! tantos azares
Acaban en los brazos de la muerte.

JACINTO GUTIÉRREZ COLL.

CROQUIS

Bajo el puente y al pie de la torcida
y angosta callejuela del suburbio,
como un reptil en busca de guarida,
pasa el arroyo turbio.....

Mansamente

bajo el arco de recia contextura
que el tiempo afelpa de verdosa lama
sus ondas grises la corriente apura,
y en el borde los ásperos zarzales
prenden sus redes móviles
al canto de los yertos peñascales.

Al rayar de un crepúsculo, el mendigo
que era un loco tal vez, quizá un poeta,
bajo el candil de amarillenta lumbre
que iluminaba su guarida escueta,
lloró mucho....

Con honda pesadumbre
corrió al abismo, se lanzó del puente,
cruzó como un relámpago la altura,
y entre las piedras de la cima oscura
se rompió con estrépito la frente.

Era al amanecer. En el vacío
temblaba un astro de cabeza rubia,
y con la vieja ráfaga de hastío
que despierta á los hombres en sus lechos
vagaba un viento desolado y frío;
se crispaban los frágiles helechos
de tallos cimbradores; lluvia densa
azotaba los techos:
enmudecía la ciudad inmensa!



y me dije: quién sabe
si aquellas tenues gotas de rocío,
si aquella casta lluvia
son lágrimas que vienen del vacío,
desde los ojos de la estrella rubia!

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo,
fuiste su ninfa ausente?
eres su novia muerta,
á los albores de otra luz despierta?
Rubia estrella, testigo
de la muerte del pálido mendigo,
cuéntame á solas su pasión secreta:
fue él acaso tu férvido poeta?
¿en las noches doradas,
bajo el quieto follaje de algún tilo,
tus manos delicadas
le entornaron el párpado tranquilo,
mientras volaba por su faz, inquieta,

tu fértil cabellera de violeta?
Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo.....
.....
Va cayendo la tarde. Soplo vago
de insólita pavora
mana del fondo de la sima oscura,
el cadáver, ya frío,
se ha llevado en sus ímpetus el río.

Entre la zarza un can enflaquecido
lame con gesto de aidez suprema
el sílex negro que manchó el caído
con el raudal de sus arterias rotas;
luego el áspero hocico relamido
frunce voraz, y con mirada aviesa,
temeroso que surja entre la gente
alguien que anhele compartir su presa,
clava los turbios ojos en el puente....

GUILLERMO VALENCIA.



TE ARMO CABALLERO! — Cuadro de Leighton

LA POESÍA LÍRICA Y EPICA

EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

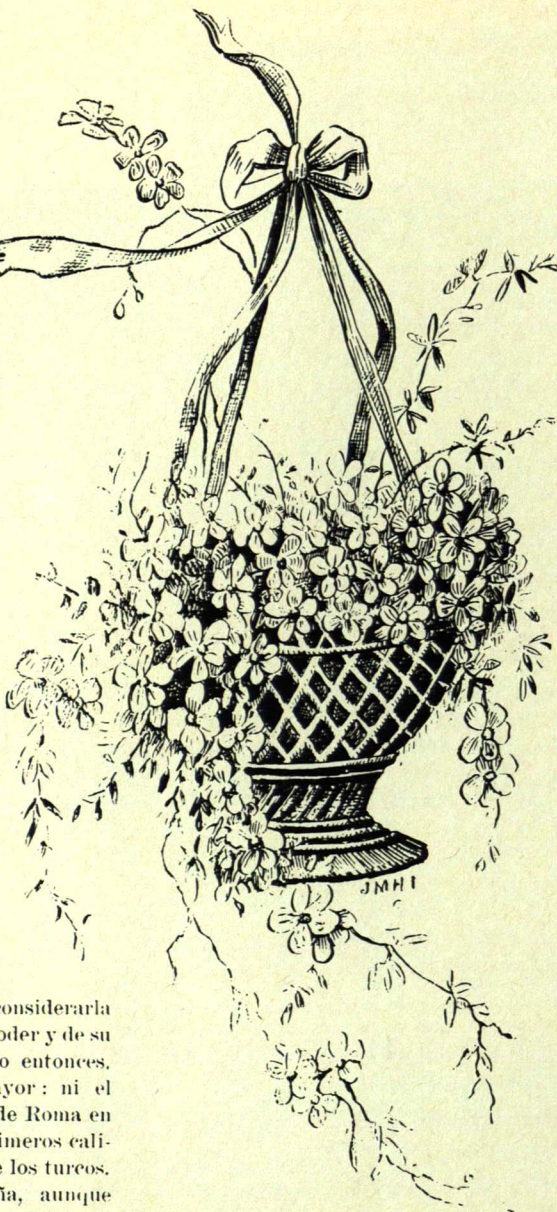
I

Al terminar el siglo XIX, el suelo de la Península ibérica no aparece á mis ojos ni más estéril, ni peor cultivado, ni con ciudades y villas menos populosas y prósperas, ni sosteniendo seres humanos en menor número ó dotados de facultades y aptitudes inferiores á las de otras épocas. España, lejos de decaer, progresa. Unida á las demás naciones de Europa, aun cuando careciera ya de impulso propio, seguiría como sigue, el movimiento progresivo y ascendente del conjunto de pueblos europeos que desde hace cerca de tres mil años prevalecen sobre las demás tribus, castas gentes que hay en el mundo.

En la serie de actos que ha sostenido y acrecentado el predominio de la civilización de Europa, España figura brillantemente en otras edades. Momentos ha habido ó mejor dicho ha habido siglos enteros en los que España ha ido al frente de ese movimiento civilizador y ha podido considerarse sin jactancia como la más activa y adelantada de esas naciones.

A fines del siglo XVI podemos considerarla culminando en la plenitud de su poder y de su gloria. Su imperio era tan extenso entonces, que tal vez no hubo nunca otro mayor: ni el de Ciro, ni el de Alejandro, ni el de Roma en tiempo de Trajano, ni el de los primeros califas, ni el de los mogoles, ni el de los turcos. Pero este dominio colosal de España, aunque conservó su extensión, perdió pronto su fuerza real, su crédito, y el respeto y el temor que inspiraba. A fines del siglo XVII, si no conservaba España toda la integridad de su imperio, sus reyes tenían aún bajo su cetro la mayor y mejor parte de él, y, sin embargo, nunca estuvo antes, y nunca ha estado después, más débil, más abatida y más postrada que entonces. Lo mismo en las artes de la paz que en las de la guerra, lo mismo en importancia militar que en ciencias, letras y artes y que en agricultura, industria y comercio, nuestra decadencia era harto lastimosa.

¿Cuáles fueron las causas que á tan rápida decadencia nos trajeron? Cuestión es esta que no está resuelta todavía, que es difícil de resolver, y que, dividiendo á los españoles en opiniones contrarias, ha sido principal origen de dos grandes parcialidades, enemigas acérrimas, cuya conciliación se ha buscado en balde, y cuya más que secular contienda, que á pesar de treguas efímeras puede ser calificada de casi incesante, nos ha fatigado sin provecho, ha debilitado las antiguas energías y nos ha robado la confianza en los altos destinos de la nación, confianza indispensable para alcanzarlos y conservarlos con la constancia, la entereza y los bríos que tan alto empeño requiere.



De aquí que España, en vez de ir á la cabeza y como guía, haya ido á remolque y como arrastrada por el camino del progreso, quedando desvalida y pobre en comparación, sobre todo, de las cuatro principales potencias de Europa: Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia, y de otra potencia de no menos amenazadora magnitud, á cuya creación en América imprudentemente contribuimos.

Sin duda lo que llamó Vico *Ciencia nueva*, la filosofía de la historia, es algo más deseado que logrado. No presumo yo de saberla: lejos estoy de afirmar de un modo inconcuso uno solo de sus principios fundamentales. Creo, no obstante, que si bien en la elevación y en la caída de los imperios entra como poderoso factor la conducta de la mayoría de los individuos, el auge ó la degeneración moral ó intelectual de los pueblos y de sus gobiernos, entran también como factores no menos poderosos ciertas leyes providenciales ó fatales, según cada pensador quiera imaginarlas, por cuya virtud se ordenan los sucesos y van por determinado camino, sin que la voluntad de los hombres baste á marcarles otra dirección, y tal vez sin que el entendimiento de los hombres prevea ó columbre exaltación gloriosa ó ne-

gro precipicio como meta ó fin de la carrera.

La postración de España, la debilidad enfermiza de su imperio y la corrupción y bajeza en que ciencias, letras y artes habían caído al empezar el siglo XVIII, son hechos indudables. Lo que, en mi sentir, no se puede explicar y afirmar con certidumbre, es la causa que á tan deplorable extremo nos trajo. Cuanto se hizo después, sobre todo reinando Carlos III, para subir nuevamente á la altura y para recobrar el esplendor antiguo, merece el mayor aplauso, pero excita dudas que apenas acierto yo á disipar. ¿Revivió entonces el espíritu nacional, sin desechar el pensamiento propio al volver de su letargo, y sin renegar de los principios que habían informado su cultura, ó se valió de ideas y doctrinas exóticas, importadas de extraños países, para imprimir otra vez movimiento, vida y fecundidad á su espíritu? Hubo, en verdad, principalmente desde mediados del siglo XVIII, algo á modo de renacimiento. Las ideas más en vigor, entonces por toda Europa, penetraron sin dificultad en España. Pero esto no nos desnaturalizó ni pudo desnaturalizarnos. España no estuvo aislada nunca ni fuera de la comunión espiritual de las otras naciones europeas. Lejos de sustraerse á las nuevas direcciones del pensamiento humano, España, si no las ha marcado, las ha seguido. Toda nueva corriente de opinión no se detuvo en los Pirineos, sino que los salvó y se difundió por la Península, lo mismo en los siglos XI y XII que en los siglos XV y XVI, que desde mediados del siglo XVIII hasta el día. Por esto no perdimos nuestra originalidad, ni se desvirtuaron ó adulteraron las prendas de nuestro gran sér, ni dejamos de ser lo que éramos. Error es afirmar que un catolicismo intolerante y austero haya sido el germen fecundo de la grande y propia civilización española, y pueda considerarse como consustancial con ella. Tarde se formó la unidad nacional; pero desde hace muchos siglos hay España, y no sólo como mera expresión geográfica, sino como cuna y patria de hombres que consideramos antepasados nuestros, y que nos jactamos de que fuesen españoles cuando algo valían. Y si en España, cuando prevalecía el gentilismo, hubo filósofos y poetas como Séneca y Lucano, y los hubo de mayor valer é importancia todavía entre los españoles sectarios del Talmud y del Corán, no me parece lógica la afirmación de que todo gran pensamiento español ha de ser católico y de que todo aquel que no le tiene reniega de su casta.

Lo expuesto, por otra parte, va mucho más allá de lo que se requiere para impugnar ciertas afirmaciones. La filosofía sensualista del siglo pasado, y Voltaire y la Enciclopedia y la marcada propensión á la incredulidad de muchos libros franceses de aquella época, apenas penetraron someramente en España, y sólo tocaron é inficionaron á pocos personajes, dejando exenta de su influjo á la inmensa mayoría de los vasallos del piadoso rey Carlos III. Por poco entró, pues, la levadura de impiedad en la masa de la nación española y en el notable desenvolvimiento que tuvo su espíritu en el último tercio del siglo XVIII y en los primeros años del siglo XIX.

Contrayéndonos á la literatura, el influjo extranjero fue menor todavía. El clasicismo no era en España novedad peregrina. Los pre-

ceptos de Aristóteles, de Horacio y de Vida habían sido enseñados, preconizados y observados antes de que Lope y otros poetas geniales prescindiesen de ellos ó los encerrasen con cien llamas. No vino Boileau á enseñarnos nada nuevo ni á pervertirnos. El amaneamiento y la baja en que la poesía había caído requerían severa corrección, y Luzán y otros preceptistas y críticos se la impusieron, no prevaleciendo sólo de la autoridad y del crédito de los admirados escritores franceses del tiempo de Luis XIV, sino también de argumentos y razones más ó menos plausibles, y aun del ejemplo de escritores españoles, antiguos y castizos, que no habían incurrido en la supuesta falta que tanto se combatía.

De todos modos, bien puede sostenerse que en lo que más eficaz y lastimosamente influyó el gusto francés, llamado más tarde pseudo-clásico, fue en el teatro; pero no porque acabó con una literatura dramática que ya desde Tirso y Calderón había degenerado en Comella, sino porque careció de inspiración propia y dichosa para crear, con arreglo á los nuevos ó más bien renovados preceptos, un teatro que no desmereciese, ya que no se sobrepusiese, al que, por ser tan contrario á las reglas, injusta y ásperamente se censuraba. Aun así, ya que no en la tragedia ni en el drama elevado, en la comedia de costumbres y en el sainete, ó sea en lo que ahora llaman género chico, la nueva escuela crítica no ahogó la inspiración, ni mató la originalidad, ni cortó al ingenio sus alas, como lo demostraron primero don Ramón de la Cruz, Castillo y otros, y don Leandro Fernández de Moratín más tarde.

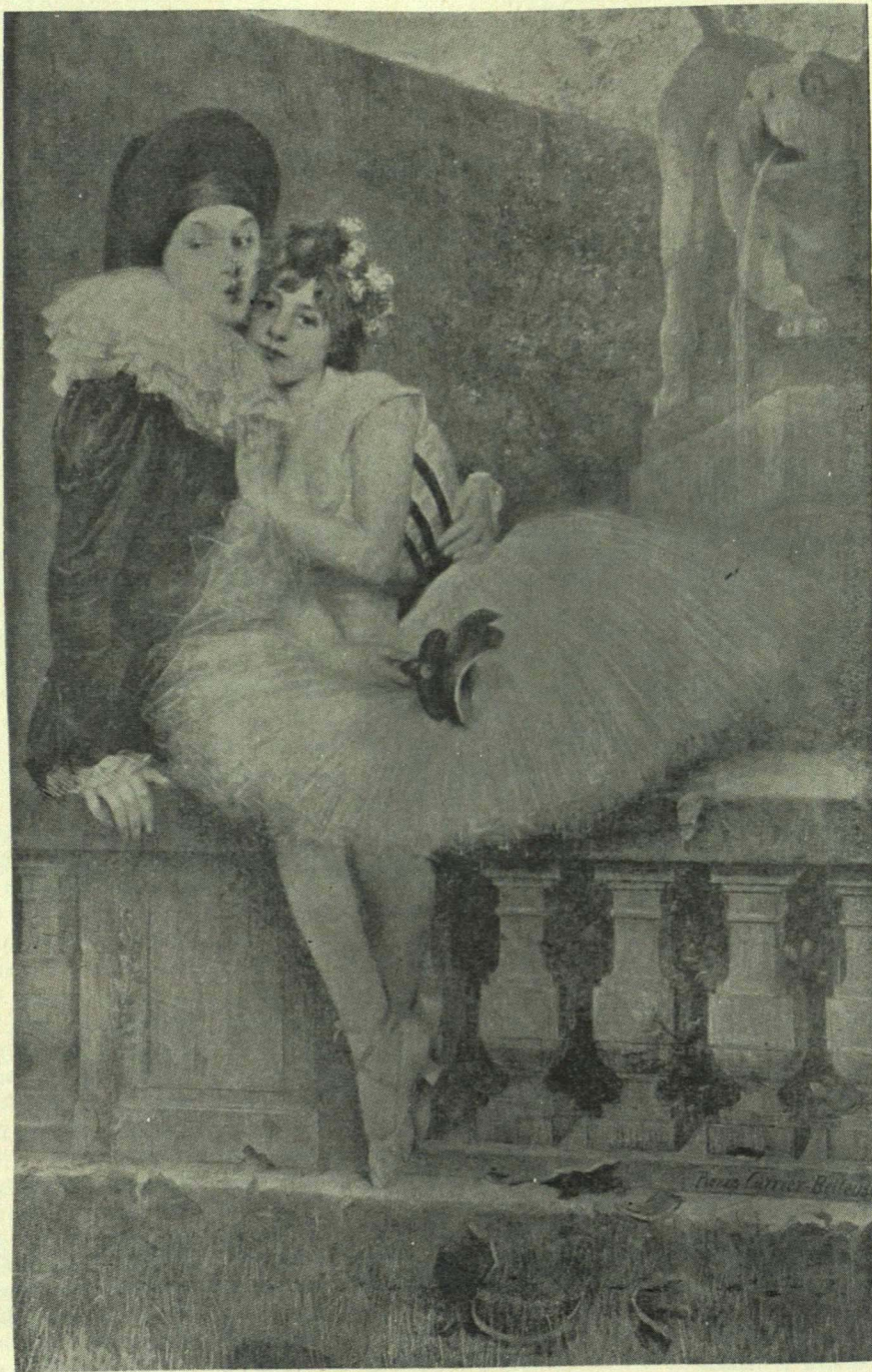
En cambio, en la poesía lírica y narrativa no se descubre, en mi sentir, la huella más leve de imitación de los franceses. El renacimiento fue limpia y enteramente castizo. En toda la renaciente poesía no se nota nada que proceda de Francia. Nuestros grandes poetas

líricos de aquel período preceden á los franceses, ya que Andrés Chenier no pudo ser conocido en España, ni en Francia gozó de popular nombradía, hasta mucho después que nuestros grandes líricos habían escrito y publica-

eruditas investiguen un día y pongan en claro el influjo de Italia en España durante aquel período; pero desde luego es lícito afirmar que hubo de ser muy corto cuando se requieren erudición y diligencia para descubrirle.

A primera vista, sólo en algunas poesías ligeras y amorosas se ve el influjo de Metastasio. Parini y Jovellanos coinciden en el mismo punto. Ambos castigan duramente en sus sátiras la corrupción, el rebajamiento, el ocio, la molicie y los vicios de la nobleza de su tiempo; pero por tan diverso estilo y con manera y tono tan distintos, que dan la más brillante é irrecusable prueba de la originalidad y de la independencia de ambos. Acaso coincidieron en el asunto, sin saber el uno del otro y sin haberse nunca leído. Y, por último, en el atildamiento exquisito y en la elegante y nítida pulcritud de no pocas composiciones de don Leandro Fernández de Moratín, sobre todo de las que están en versos endecasílabos libres, como la epístola *A don Gaspar de Jovellanos*, la *sombra de Nelson*, *El filosofastro* y *Elegía á las musas*, algo se nota de aprendizaje é importado de Italia, pero con hábil y dichosa adaptación á lo propio y castizo.

Hasta en las circunstancias en que apareció el renacimiento literario se ve que el impulso fue más nacional que venido de fuera. No fue en la capital y corte donde con mayor brío despertó el ingenio español, sino en apartadas comarcas en las que las ideas transpi-



IDILIO. — Por P. Carrier-Belleuse

do sus obras más inspiradas y perfectas. Bien puede sostenerse que nada es más castizo y propio de España que nuestra poesía lírica del último tercio del siglo XVIII y del primer tercio del siglo XIX. Si alguna imitación se advierte en ella de poesía extranjera, es sólo de la poesía italiana, aunque harto menos declarada y frecuente imitación que la que hubo en el siglo XV y sobre todo en el XVI, desde la revolución literaria realizada principalmente por Boscán y por Garcilaso. Tal vez personas

renáicas de moda debían llegar más tarde y tener menos fuerza para mover los espíritus. Con mayor eficacia, y á par ó antes que en Madrid, la musa española despertó de su sueño y surgió á nueva y fecunda vida, primero en Salamanca, y en Sevilla luego. No imitó Fray Diego González á ningún extraño poeta, sino á Fray Luis de León, así como Cadalso siguió el camino trazado por Villégas, y así como Iglesias se inspiró en Quevedo y en Góngora, desechando lo alambicado

y lo culterano y procurando más natural sencillez para su estilo.

El maestro-de todos, el más egregio promotor del nuevo florecimiento poético, apareció también en Salamanca, y fue don Juan Meléndez Valdés. En la concisión que exigen estos artículos no cabe que señalemos las faltas, que realcemos á pesar de ellas el mérito de Meléndez y que demostremos que fue justa la extraordinaria nombradía que obtuvo y que pondera y recuerda Quintana.

Sin duda en el día de hoy condenamos y hasta llegamos á encontrar ridículo cierto amaneramiento dulzón y cierta voluptuosidad, entonces de moda, y de que Meléndez se inspira á menudo y demasiado.

Hoy nos cansan ó nos disgustan las gracias y lindezas de la palomita de Filis, las tortolillas que se acarician con trémulos picos y enseñan á amar á los inocentes Batilo y Dorila, y las frecuentes travesuras de Cupidillo, quien para burlar á las zagalas llega á convertirse en mariposa,

Los bracitos en alas
Y los pies ternuzuelos
En patitas doradas.

Pero, á pesar de todo esto, Meléndez merece grandes elogios, y ya quien escribe estos artículos celebró á Meléndez en reciente y muy solemne ocasión, y nada halla hoy más á propósito para elogiarle que recordar lo que dijo entonces.

Las bellezas abundan en los versos de Meléndez, y muy particularmente en los romancillos cortos, en las letrillas y en los romances. Su talento descriptivo merece, sin restricción, todo encomio. Y lo que más encanta en este poeta es el dón misterioso con que su estilo enlaza la espontánea y natural sencillez á la refinada delicadeza que jamás le abandona ni le deja caer en prosaismo. No ha menester para esto de consonantes ni de asonantes difíciles, de trasposiciones violentas, de vocablos altisonantes, ni de giros rebuscados. Bástenos citar como modelo de tales primores el romance titulado *Rosana en los fuegos*.

Famosos se han hecho otros poetas cantando amores petrarquistas, algo metafísicos y sutiles, ó bien pasiones frenéticas y tremebundas, ya endiabladas, ya enfermizas; pero el amor sano, quizás un tanto cuanto sensual y desenvuelto, aunque velado por limpio y cándido cendal para que el rígido pudor no se enoje, pocos en España han sabido cantarle como Meléndez. Y esto ni debe pasar ni pasa de moda mientras haya en el mundo wancebos enamorados, finos y galantes y muchachas bonitas.

Allá, en tierra extranjera, junto al sepulcro en que Meléndez yacía y de donde le hemos traído, quedó, sin duda, colgada en un sauce la lira en que el poeta cantó sus amores. Nadie la ha descolgado ni tocado después con mayor acierto y con más grata melodía. La inspiración ha venido en ocasiones de esfera más alta y con ideas y sentimientos más complicados; pero en su natural y candorosa inspiración, Meléndez no ha tenido quien le supere. El numen de la poesía ha tocado la trompa guerrera para acompañar la robusta voz de Quintana; Gallego ha hecho oír sus varoniles acentos al compás de los terribles golpes dados en el broquel resonante con la empuñadura de la espada; y notables poetas hemos te-

nido después y tenemos aún; pero en el género sencillo que hemos indicado, Meléndez continúa siendo el maestro.

Aquella rítmica y firme trabazón con que Gallego enlaza sus cláusulas, como quien junta el mármol y el bronce para erigir un monumento que, sin derrumbarse, resista á la corriente de los siglos merece por cierto ser muy celebrada; pero también lo merecen las poesías ligeras de Meléndez, gracioso canastillo de olorosas y lindas flores que no se marchitan y que los genios del amor sostienen flotando sobre las ondas del río del Olvido, sin que se anegue nunca y sin que sus más furiosas avenidas logren arrebatarle lejos de nosotros, que le admiramos.

Desde las orillas del Tormes á las de Betis volaron en alas de la fama los aplaudidos versos de Meléndez, en compañía de las otras victorias y de los otros triunfos que la nueva escuela salmantina había alcanzado. Con tan poderoso incentivo penetró la emulación en Sevilla y despertó á las musas de aquella región que dormían sobre sus pasados y seculares laureles, dejando el campo libre á pedestres y desafiados copleros. Contra ellos se alzó la nueva escuela sevillana, procurando renovar las bellezas, los primores y la elegancia de Herrera, Arguijo, Rodrigo Caro y Rioja.

Acaso pueda acusarse de sobrado artificiosa la nueva escuela; pero á fin de cumplir su propósito no podía menos de serlo. Era menester que las reglas, la erudición y el buen gusto realzacen la poesía, que, aspirando á popularizarse, se había humillado y emplebeyecido.

El movimiento intelectual tan notable en el reinado de Carlos III, y la afición á los estudios clásicos y á las lenguas sabias, griega y latina, eran circunstancias propicias para la aparición de una poesía más erudita que popular, y más que inspirada, primorosa y elegante.

La nueva cultura no dejaba por eso de ser nacional. Los importados elementos extraños contábanse por mucho menos que los elementos propios. El conocimiento y la admiración de los escritores franceses é ingleses, entonces de moda, entraban por mucho menos que lo que entran en el día en la producción de nuestras obras de ingenio. No era importado, sino renacido, el florecimiento literario. El árbol del nuevo saber no había sido trasplantado de terreno extraño, sino que tenía muy hondas raíces en nuestro suelo. Medraba, sin embargo, y daba su fruto, no en campo abierto y libre, sino en aristocrático y cercado jardín, cuya entrada el vulgo desconocía y cuyo nivel estaba mucho más alto que los bajos caminos por donde entonces el vulgo andaba.

Fuerza es confesarlo; si entonces contribuyeron juriconsultos, magistrados é individuos de la alta nobleza á la difusión de las luces, más contribuyó el clero secular y el de las órdenes religiosas.

El acto despótico de Carlos III expulsando de España á los Jesuitas, hizo patente en Italia la ciencia y el ingenio que éstos habían atesorado.

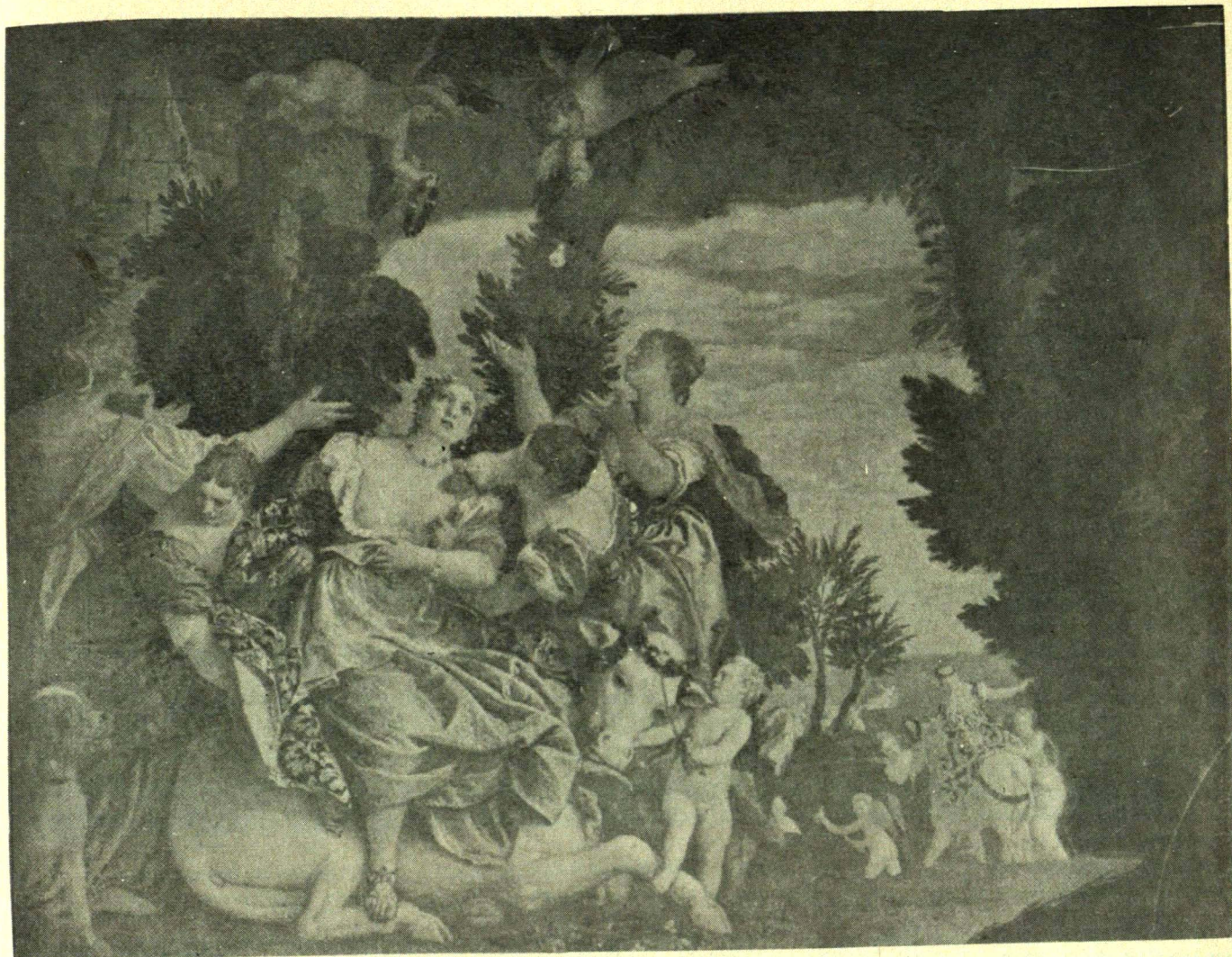
En defensa de la patria, tan ingrata con ellos, Serrano, Lampillas y Andrés celebraron sus pasadas glorias científicas y literarias, difundieron el conocimiento y la estimación de

ellas en extraños países, y contribuyeron á demostrar que la nueva cultura española no era transportado y exótico producto, sino anti-gua, vivaz y bien arraigada planta, que reverdecía y otra vez florecía y fructificaba.

Ni Batteux, ni La Harpe, ni el Hugo Blair, ni Boileau, traducidos y estudiados por los españoles, les habían enseñado las reglas del buen gusto y la teoría de las bellas letras como si antes le fuesen desconocidas. Se hizo ver que habíamos tenido en lo antiguo grandes humanistas, y que no carecían de antepasados ilustres los que, para emular su gloria, aparecieron entonces en España continuando su brillante labor hasta nuestros días, á pesar de la decadencia reciente de los estudios de humanidades. De lo dicho dan espléndida prueba los nombres ilustres de don Pedro Estala; del padre Bartolomé Pou; de don Antonio Ranz Romaniños, traductor de Plutarco, de don José Gómez Hermosilla, cuya traducción de *La Ilíada*, censurada harto injustamente, es más fiel, aunque no tan poética como la italiana de Monti; de don Francisco Patricio Berguiza, que puso en verso castellano las odas de Píndaro; de don José Castillo y Ayenza, que tradujo á Tirteo, á Anacreonte y á otros líricos griegos; de Pérez del Camino, traductor de Tibulo; de don Juan Gualberto González, cuya versión castellana de las *Eglogas* de Virgilio, Nemesiano y Calpurnio es de lo más bello que en este género tenemos; de don Francisco Javier de Burgos, que vertió hábilmente en nuestro idioma toda la obra del vate de Venusa, y de don Javier de León Bendicho, que tal vez acertó á dar en nuestro idioma, y en bien construidas octavas reales, mayor mérito del que tienen en latín á *Los Argonautas*, de Valerio Flacco.

Este amor fecundo á los clásicos de Grecia y Roma, atravesando ileso el turbulento y revolucionario período del romanticismo, ha mostrado y muestra su eficacia hasta en nuestros días. De ello dan ejemplo clarísimo, entre no pocos otros poetas traductores, el Duque de Villahermosa, con *Las Geórgicas*; el presbítero don Luis Herrera, con *La Eneida*, y, sobre todo, el sabio y pasmoso polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo con el *Prometeo encadenado* de Esquilo y otras hermosas versiones. Los estudios críticos de este último autor, sus traducciones de algunas poesías de autores modernos que por la pureza de su gusto clásico se distinguen, como *Los sepulcros*, de Hugo Fóscolo, y *El Ciego* y *El joven enfermo*, de Andrés Chenier, y sus magníficas composiciones originales *Epístola á Horacio* y *Carta á sus amigos de Santander* con motivo de haberle regalado la Biblioteca greca de Fermin Didot, se diría que vienen á terminar la contienda entre lo popular y lo erudito, lo romántico y lo clásico, resolviendo las contradicciones en una síntesis elevada, amplia y conciliadora.

Muy lejos estaba aún de realizarse esta síntesis conciliadora ó eclecticismo estético, cuando apareció en Sevilla la nueva escuela, y logró pronto su mayor esplendor y nombradía. Imposible es dar cuenta en este breve escrito de las obras de los principales individuos que formaron dicha escuela y la hicieron famosa. Limitémonos, pues, á citar los nombres de don Manuel María Arjona, de don José María Roldán y de don Félix José Reinoso, autor de



RAPTO DE EUROPA. — Cuadro de Paolo Veronese — Roma

La inocencia perdida. Más sabios todos ellos que poetas, compusieron lindos versos, más recomendables por la nobleza de la dicción y por el esmero y elegante primor del estilo, que por la originalidad de las ideas, vigor de la fantasía y elevación y viveza de los afectos.

Entre los poetas de la escuela sevillana descolló D. Alberto Lista, cuya fama, en vez de extinguirse, se dilató y creció hasta su muerte, ocurrida casi á mediados del siglo, y cuyo benéfico influjo en la literatura fue más eficaz que por las poesías que compuso, por la sabía y juiciosa enseñanza que dió á la juventud. Esta enseñanza, de más valer para la fama de Lista que sus atildados y discretos versos, aun contando entre ellos *La muerte de Jesús*, *Al sueño*, y algunos romances, tuvo poder benéfico en el ulterior desenvolvimiento intelectual de España, encauzó su desbordada corriente cuando llegó la época del romanticismo, y contribuyó á preservar la cultura española de la degradación bárbara y fanática en que la plebe absolutista estuvo á punto de sepultarla durante el funesto decenio de 1823 á 1833: funesto decenio que, con tanta elocuencia como justicia, estigmatiza el poeta en versos que conviene recordar á los que echan de menos los buenos tiempos del absolutismo. De aquellos tiempos,

Lista, tan moderado en sus opiniones, llega á decir que

Obligación es delatar; dar muerte,
Un acto de heroísmo; las ideas,
Impiedad y ruina;

que sólo se ensalza la *estupidez sanguinaria y dócil*; que es desgraciado quien osa mostrar la *antorcha de la razón*, y que España, árbitra en otro tiempo de ambos mundos, ya pobre é ignorante, es un ludibrio de las gentes.

Pasó, con todo, el fatal decenio al terminar el reinado de Fernando VII. Y aun en medio de la asoladora guerra civil que nos legó al morir aquel monarca, revivieron en España las artes y las letras, y la poesía lírica obtuvo entre nosotros nuevos triunfos.

JUAN VALERA.

MIENTE

No importa que no me quieras;
Si me quisiste, mujer,
Dime si son de placer
Tus ojeras.

No importa que no me quieras;
Engáñame por favor;
Dime que son de dolor
Tus ojeras.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

GUARICHA

Á F. FILARDO MORLES

(INÉDITO)

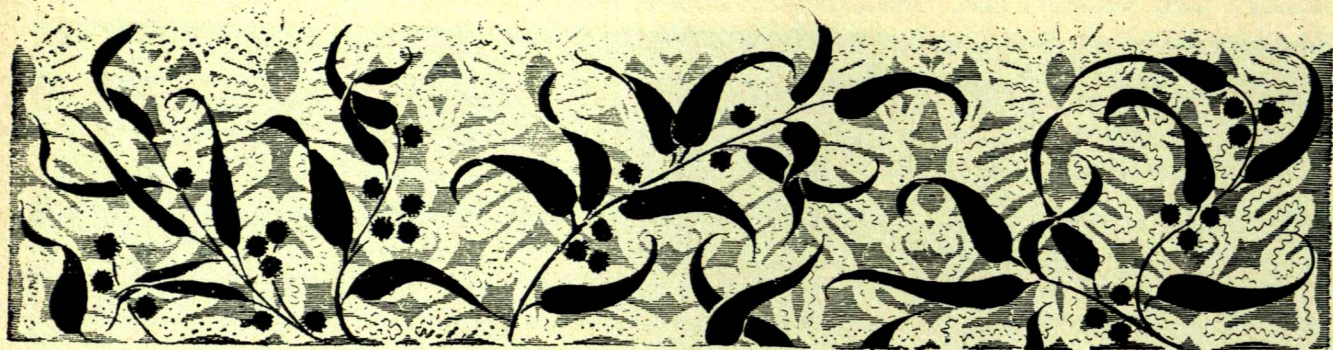
Fue en la cosecha, regateando, el día cuando la conocí: grácil y esquiva, virgen apenas núbil. ¡Flor baniva nacida á la ribera del Guainía!

En sus ojos—que tienen la sombría tinta del agua en su región nativa— la mirada doliente pero altiva radia luz de tristeza y rebeldía.

¿Por qué esa extraña radiación? ¿Existe un misterioso Máguare en sus ojos? ¿O vaga acaso, envuelta en sus fulgores, el alma de una raza, airada y triste, con la ira de todos sus enojos y el martirio de todos sus dolores?

ALFREDO ARVELO LARRIVA.

Máguarinicainda (Río Casiquiare) 1902.



EL ÁVILA

(Versos escritos en la partida para Europa del distinguido pintor
venezolano Martín Tovar y Tovar)

Audaz, robusto, pujante,
Impasible el continente,
Hasta los cielos la frente
Yergue el andino gigante.

De atalaya noche y día,
La libre ciudad velando,
Véase a la mar mirando
Hasta inmensa lejanía.

Y ni le turba ni escalda
El sol que vierte á torrentes
Igneas oleadas hirvientes
Sobre su encorvada espalda.

Ni parece que le toca
La furia de la tormenta
Cuando sus rayos violenta
Rompe en su yelmo de roca.

Ahí está el gigante andino
Firme en la actitud severa
Que desde su hora primera
Le dió el Hacedor divino.

La niebla que se desliza
En hebras hasta su cuello,
Finje plateado cabello
Que peina el viento y enriza.

La primavera le prende
Verde ropaje de seda
Que envuelto su cuerpo aun rueda
Y en todo el valle se extiende.

Objeto de los amores
De la rica ardiente zona
En las noches se corona
De brillantes resplandores.

El es quien sorprende al día
En su purpúreo sendero
Quien oye el beso primero
Que al mundo la aurora envía.

Es él quien primero escucha
Y la trasmite en los vientos
La voz de los elementos
Que el cielo asordan en lucha

El quien primero divisa
Del alba al primer suspiro
Rizado el mar de zafiro
Bajo el ala de la brisa;

Quien recibe la primera
Voz de la estación estiva
Y la primera misiva
De la dulce primavera.

El ve á los besos del austro,
Aún tras el mar escondido,
Venir la luna dormida
En su nacarado plastro;

Y antes que el sol su luz guarde
Ve al Héspero enamorado
Que en paso precipitado
Viene buscando á la tarde.

A él su nombre sin recelo
Le dice en su curso errante
Cuanto fúlgido viandante
Cruza los campos del cielo.

Le hablan todos acordados
De su jornada en el viento
Y de otros cielos sin cuento
De mundos sin fin poblados.

Y en voz de pasmo y amor
A cual más su asombro excita
Ponderando la infinita
Grandeza del Creador.

¿Será entonces cuando herido
De estupor, de su hondo seno
Se escapa ese sordo trueno
Que oye el valle estremecido?

Ávila, orgullo del Ande
Hijo titán de la tierra,
Al hombre di cuanto encierra
Tu sér portentoso y grande.

Dile cuanta maravilla
Guardan en su seno al par,
La inmensurable mar
Y la breve florecilla.

Dile de cielo y estrellas,
Háblale de esa armonía
Que en la alta noche umbria
Les oyes cantando á ellas.

Haz que en su seno resuene,
Y le mueva y le reviva,
Que otra ventura conciba
Y otra esperanza le llene.

Pues al divino concierto,
(Acaso al placer vendido),
Está ya sordo su oído
Su corazón está muerto.

A mí, que adorando en pos
Con aves, vientos y estrellas
Voy las luminosas huellas
De la grandeza de Dios:

Que en bonanza y tempestad
Tengo incesante á mis ojos
El libro de sus enojos,
El libro de su bondad:

A mí que en la sombra oscura
Y al brillo del sol fulgente,
Le tengo siempre en mi mente
Otras nuevas me procura.

Pues que alerta centinela
Desde tu eminencia suma
Miras del mar en la espuma
Tender las naves su vela,

Dime de esa que ha partido
Si en fausto rumbo la viste
Y hasta dónde la seguiste
Viento afuera, mar tendido.

Di si en la azul extensión
Le fuiste norte y amparo;
Dime del amigo caro
Hermano del corazón.

O monte, y si por mí no,
Por tí, á su nave da egida,
Que te va mucho en la vida
Del que á ti la consagró.

Yo sólo no, también él
Playas y mares cruzando
Para tu sien va buscando
Una rama de laurel.

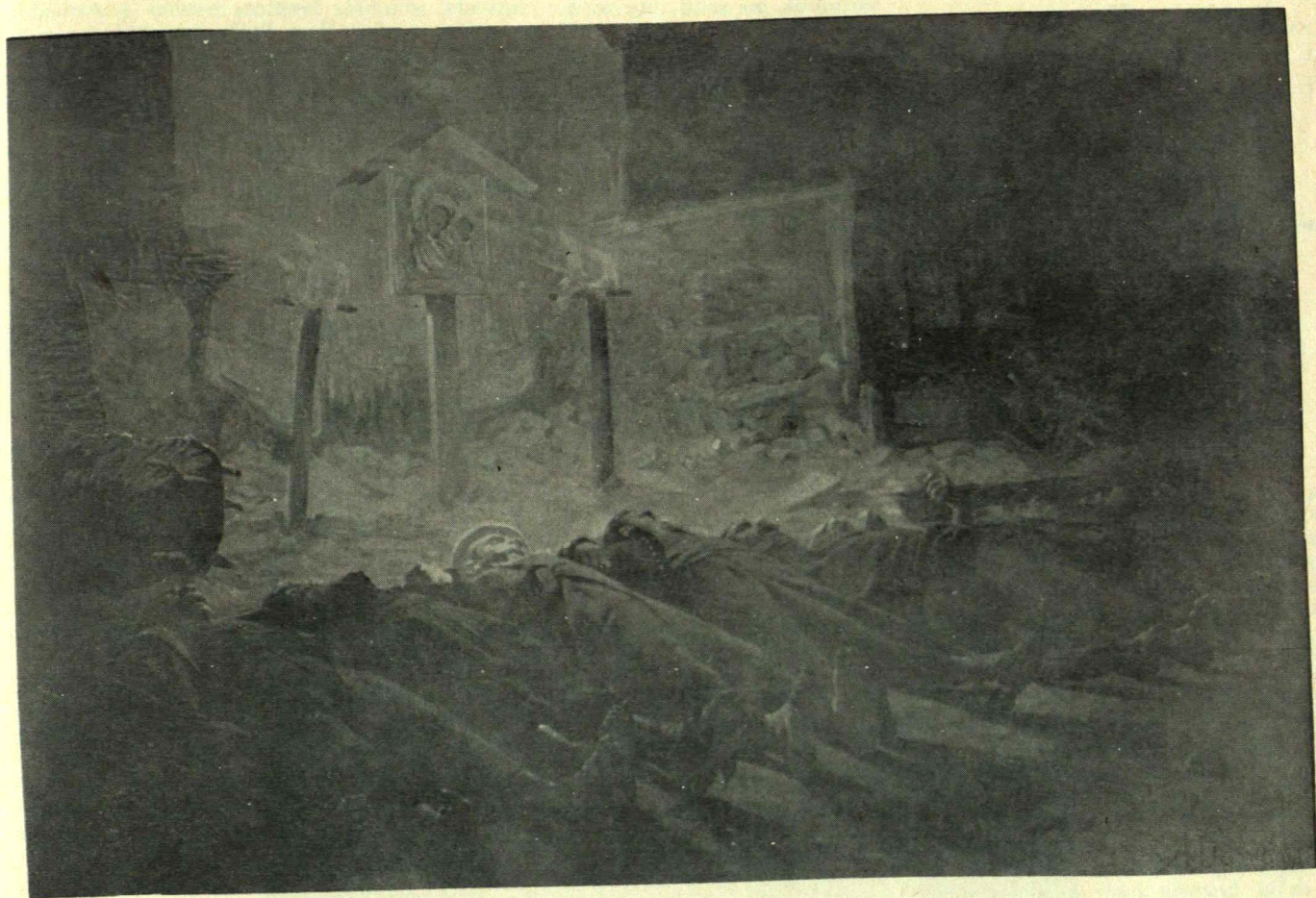
Y cuando á poner acuda
La muerte con golpe doble,
Del pintor la mano inmóvil
La voz del poeta muda,

Hayan los hados crueles
Nuestra fatiga burlado,
O su favor acordado
A mi lira y sus pinceles,

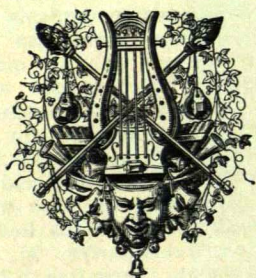
Pues que con tu gloria en mira
Trillamos la misma ruta,
Guarda en una misma gruta
Sus pinceles y mi lira.

Y en tus faldas sin desvío
Danos una humilde piedra,
En donde abrigue la hiedra
Juntos su nombre y el mío.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.



EN LA MUERTE..... Sebastopol — Cuadro de Dawant



OJOS DULCES Y CLAROS.....

Ojos dulces y claros, de gracia peregrina,
 Más bellos que los ojos cantados por Cetina,
 Ojos dulces y claros, de gracia peregrina;

Mano exangüe y sedeña, mano sedeña y breve,
 Donde duerme la casta blancura de la nieve,
 Mano exangüe y sedeña, mano sedeña y breve;

Labios rojos cual pétalos de rosa purpurina,
 Labios rojos que un claro resplandor ilumina,
 Labios rojos cual pétalos de rosa purpurina:

Ojos que sois fanales en mi noche, ojos claros,
 Labios rojos, y manos cual mármoles de Paros,
 Dejadme de rodillas y en éxtasis besaros.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

RIMAS

I

Llorosa y pensativa,
 bajo el fulgor doliente de una lágrima,
 la virgen de mis sueños,
 la novia de mi alma,
 aquella noche misteriosa y triste,
 en la espaciosa sala
 me dijo sollozando: «Es imposible,
 yo no quiero pensar en el mañana».
 Después, tendió la vista
 al horizonte azul de la distancia.

Yo me lancé á los mares tormentosos;
 á extraños climas y por tierra extraña;
 y, loco visionario, de la gloria
 ansioso quise conquistar la palma!

En la lucha caí: mas no vencido,
 que siento el pecho como ardiente fragua.

El insondable abismo que el destino
 abriera á nuestras almas,
 segado por las muchas desventuras,
 por infinitas ansias,
 quedó tras de mi planta peregrina...
 tras la insegura planta.

II

Llorosa y pensativa,
 con el débil fulgor de una mirada,

oyóme referir mis amarguras,
 mis hondas penas y mi ausencia larga!

Y la amorosa virgen de mis sueños
 con un extraño proceder callaba...
 ¿Cuándo, la dije yo, pensé que fueras
 como otras tantas en el mundo ingrata?

Inclinó tristemente la cabeza;
 y con voz suplicante de plegaria
 «óyeme, replicó: con tus reproches
 y tu desdén y tu crueldad me matas»...

Y por calmar un gesto de impaciencia
 con su dolor batalla.

Mas yá; serena al fin, tras negra lucha
 en que sus huellas el dolor le marca,
 prosiguió: «ven poeta...

De la espaciosa sala
 salimos...

Dulcemente,
 como quien mira una ilusión lejana,
 en el vasto confín del horizonte
 extendió la mirada...

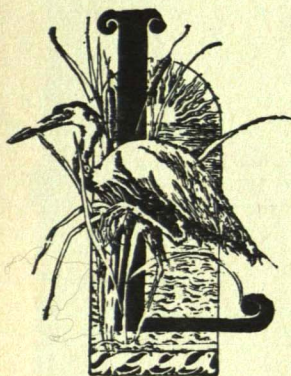
Y me dijo: «ya ves, tras ese velo,
 tras ese velo azul de la esperanza,
 una noche de luna
 te ví... Copiosas lágrimas
 surcaban sus mejillas...
 Y en el éter azul de la distancia,
 el implacable Oteló
 se devora en silencio las entrañas!!

R. BENAVIDES PONCE.

1902.

ERNESTO DE ANQUISES

(Cuento leído por su autor en la velada inaugural del «Ateneo y Círculo de la Habana»)



os que sobreviven de la brillante juventud que en 1885 poblaba nuestros salones y acudía a los teatros y conciertos, no pueden haber relegado á horizontes de olvido á Ernesto de Anquises, aquel

extranjero, altivo, excéntrico y derrochador, que en dos años de vida elegante se captó, entre nosotros, la envidia encubierta de los hombres y la admiración gloriosa de las damas: las cuales, á causa, quizás, del color marmóreo de su tez y de la soberbia hermosura de sus facciones, le llamaban «el pálido Luzbel.»

¿Quién era? ¿De dónde había surgido? Por saberlo, así como por indagar el motivo de la eterna tristeza grabada en su frente, la encantadora viudita Natalia de X., habría sacrificado, gustosa, una temporada entera de sus noches de triunfos.

Pues bien; de este Ernesto de Anquises es la historia que os voy á referir con todos los detalles que escuché de sus labios en una noche lluviosa y fría de diciembre.

..

Cuando la novia se presentó en la sala donde se nos aguardaba para proceder á la ceremonia nupcial, comenzó Ernesto de Anquises, un murmullo de admiración brotó de todos los labios, y crecido en onda rumorosa se desparramó por los ámbitos del salón. ¡Cuán hermosa era y qué bien resaltaban sobre el traje inmaculado y bajo la diadema de azahares, el color sonrosado de su faz y el oro pálido de sus cabellos! Y en tanto que yo recogía, enorgullecido, aquel respetuoso homenaje de la concurrencia, miraba, palpitante de amor, á mi prometida.

De repente me estremecí: á mi espalda, uno de los invitados pronunció estas palabras:

—¿La veis cuán bella?... Pues bien, dentro de breves años, será una carroña asquerosa y después un horrible esqueleto.

¿No es cierto, amigo mío, que en ocasión semejante esta frase resultaba una inconveniencia monstruosa? Me volví queriendo indagar con la vista á su autor. No le reconocí, y me alegré de que así fuera, ya que el momento no era el más oportuno para demostrarle mi indignación. Pero, bien pronto olvidé este incidente. ¿Quién en mi lugar no habría hecho lo mismo?

Y no lo recordé hasta cinco días más tarde, que mientras se nos servía en la mesa y cuando hallábase, precisamen-

te, absorto en la contemplación de sus encantos, me sentí, de súbito, asaltado por aquel pensamiento espantoso. En verdad, ¿qué sería de tanta perfección luégo que el buitre sombrío de la muerte clavara sus garras en esta presa tan hermosa, sonrosada y fresca? ¡Bah! ¡Por qué pensar en ello? Y rechacé tal pensamiento como se rechaza un problema repugnante.

Pero ¿quién aprisiona las ideas? ¿Quién le impone cadenas á la imaginación? Esa misma noche, y en el instante en que la amada, bajo el santuario de la alcoba, rodeaba con sus brazos mi cuello, un rápido estremecimiento me crispó los nervios: allí, entre ella y yo, pegada á mi oído, resonaba más burlona y más fría que nunca, la frase del importuno invitado:—«¿La veis?... Es una carroña asquerosa, es un horrible esqueleto.»—Y sentía que aquellos brazos que me acariciaban eran dos brazos disecados, y los besos de su boca me parecían las mordeduras de unos maxilares sin carne, y en lugar de sus ojos, yo veía dos cuencas, oscuras y profundas, que me infundían pavor!...

Después de esa noche... ¿A qué continuar con los detalles de esta narración de mi conducta infame? Esquivada al principio con disimulo, rechazada más tarde con aspereza, la infeliz esposa que en vano, ora con súplicas, ora con altivez, había tratado de averiguar los motivos de mi extraño comportamiento, principió á languidecer y á sufrir de un mal misterioso que lentamente fue minando su constitución delicada, y al poco tiempo de nuestro enlace, postrada ya en el lecho de muerte, mi mirada escudriñadora podía estudiar en su livido rostro y en su cuerpo demacrado lo que en breve sería aquel trágico montón de huesos.

¿Lástima entonces? ¡Oh, no! Y ella tampoco se engañó. Los demás, los que me veían penetrar á cada instante en su alcoba de moribunda y sentarme, callado, sombrío, á la cabecera de su lecho, sí creían en mi dolor, en mi profundísimo dolor; pero ella leía en mis ojos como en un libro abierto, y sabía que yo entraba allí para estudiar, y si posible era, precipitar con mi presencia la terminación de aquel crimen mudo y espantoso. ¿Cuándo me vería libre por siempre de ella?

Al fin, una mañana de temprano sol alegre, mis amigos me acompañaron al cementerio á donde iba á enterrar el cadáver de la que había sido para el mundo mi adorada compañera.

Y cuando una hora después, terminado este deber, me encontré en mi casa, solo, ¡qué satisfacción experimenté al aspirar aquel aire ya completamente despojado de su presencia! ¡Libre por siempre! Y para cerciorarme, para convencerme de mi inmensa dicha, para gozar con mi júbilo infinito, recorrí su aposento, buscando y analizando todas esas huellas que la muerte imprime con su paso.

..

—¿Y después, Ernesto, ¿no has amado otra vez?

—¿Que si he amado otra vez?... Escucha.

Cinco meses más tarde emprendí viaje. Necesitaba alejarme. ¿Acosado por

los remordimientos? ¡Oh, no! Nunca sus sombras fatídicas habían perturbado mi sueño. Pero tenía que huir lejos, bien lejos, á donde me fuera imposible realizar un nuevo anhelo que se había apoderado de mi cerebro con empeño tan tenaz, como aquella otra obsesión. Y viajé mucho, muchísimo, internándome por las regiones más apartadas y desconocidas del uno y el otro hemisferio. Todo fue inútil, y al cabo de breves años regresé, vencido, subyugado por el fatal propósito de este inquebrantable deseo. ¡Quería desenterrarla, tocarla, saciarme en la contemplación de aquel esqueleto odioso que tanto me había hecho sufrir! Y la misma noche de mi llegada, corrí al cementerio, soborné al sepulturero y me hice abrir su sarcófago.

Sí, allí estaba!... Era este mismo haz siniestro de huesos el que yo sentía, pegado á mi, en las interminables noches de mi suplicio. Estos eran los brazos que hacían nudo de mármol en torno de mi cuello y me ahogaban; esta boca las mandíbulas descarnadas que me mordían; estos ojos las dos órbitas sin luz que me infundían pavor... Y con todos aquellos huesos huí para mi casa.

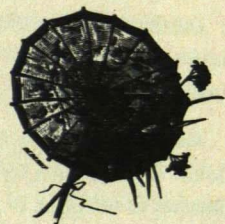
Cuando llegué á su alcoba, á nuestra antigua alcoba de desposados, volví á contemplarlos y en esta contemplación me sorprendió la aurora.

En el día hice un esfuerzo y salí. Vagué por la ciudad todas las horas del sol queriendo ahuyentar los recuerdos.

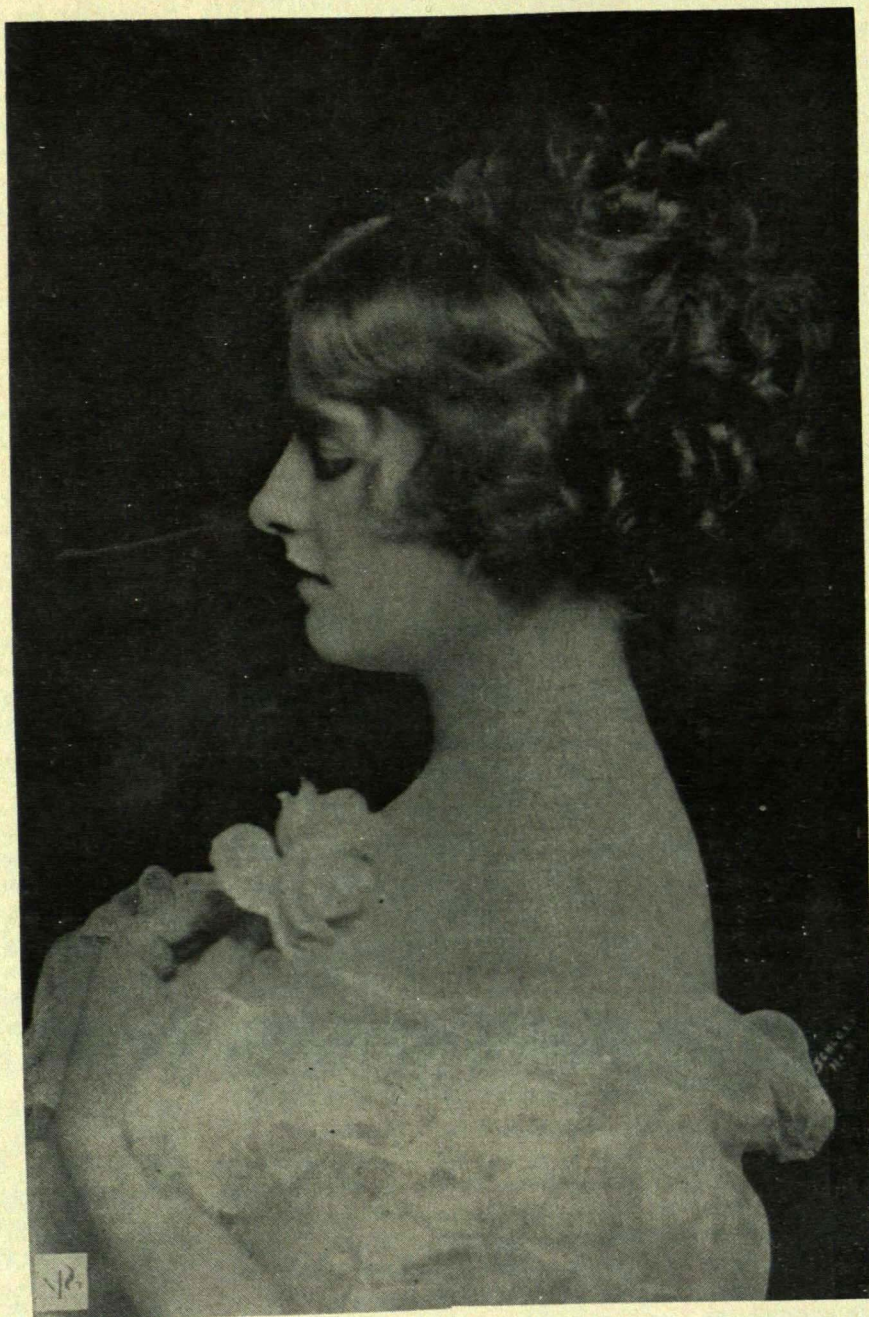
Inútilmente... Aquí estaban, en mi cerebro, como un enjambre de hormigas laboriosas que trabajaban sin cesar. Ya ésta me traía un rayo de luz muy suave que antes había sido una mirada angustiosa; esotra, un pliegue muy triste y reconocía en él la última sonrisa amante de unos labios que contraía el dolor; aquella, una nota armoniosa desvanecida en un sollozo que mi oído recordaba. Después las hormigas se multiplicaron. Ahora no se ocupaban de simples detalles y trabajaban sin cesar en la obra completa. Cuando por la noche volví á mi casa la reconstrucción estaba terminada, y como un loco me arrojé sobre aquellos huesos y los besé infinitamente y por todas partes. Sí, ésta era, ésta es su frente pensativa y hermosa; éstos sus ojos grandes, rasgados y brillantes; ésta su boca pequeña y encendida, en donde se anidaban las sonrisas candidas y las palabras tiernas; éstos sus brazos que formaban dulces cadenas de amor en torno de mi cuello; éstos los pies graciosos y breves que supieron de mis ardientes caricias de enamorado!...

Y volví á besarla infinitamente. Bajo el calor de mis labios yo sentía renacer, palpitante de amor, su carne tibía, mórvida y perfumada... ¿Que si he amado otra vez?

Y con una fuerza sobrehumana, Ernesto de Anquises me arrastró hacia sí, abrió una puerta y me encontré con un lecho suntuoso sobre el cual dormía un esqueleto!



FABIO FIALLO.



LA NOCHE DEL DOLOR

Esa noche sin aurora
que me hostiga, que me abruma es la noche aterradora
de las penas.... Como el ala de un murciélago
gigantesco se aproxima; ya está aquí.
Es profunda y procelosa como un piélago;
mar muy hondo
donde yacen, como pueblos sepultados
en su fondo,

los anhelos malogrados
y los goces que perdí.

Mar inmenso
donde un monstruo, cual un pulpo con extraña
sed de sangre, de sus brazos en la pérfida maraña,
cual la sierpe á Laocón,
aprisiona y aniquila al indefenso
cuasi exangüe corazón.

¡Oh, mis grutas ideales,
oh, mis perlas y mis bancos de corales,
oh, ventura que entreví,
oh, riquezas de mi alma soñadora
nafragasteis en la noche sin aurora!
para siempre ya os perdí!

VÍCTOR M. RACAMONDE.

1903.



EL SUEÑO DE VENECIA

Alma mía:—dulce y triste criatura de boca florida y grandes ojos del color de la obsidiana;—forma leve que envuelta en un tul argentado, vi una noche en un claro de luna:—tú tienes la blancura diáfana de los lirios acuáticos y el perfume de los cálices de las rosas; tú que amas el silencio sobre todas las banales melodías del mundo... el hondo silencio que habla un lenguaje recóndito y tiene la elocuencia sobrehumana del misterio!...—Alma de amor, ven conmigo, en esta solemne hora nocturna, al país perfumado de los sueños...

Bajo la ardiente cúpula del cielo vaguemos en una góndola blanca por los canales inmóviles de Venecia dormida. Gocemos del supremo encanto de la ciudad única; de la contemplación de su hermosura legendaria é inolvidable. Yo impulsaré suavemente el esquife con un remo de marfil, y surcaremos las aguas azules como si nos guiara el cisne de Lohengrin. Siéntate junto á mí, tan cerca que mi corazón oiga el latido del tuyo y acaricie mi rostro el hálito de tus labios bermejos...

Vaguemos como dos sombras, frente á los palacios de arquitecturas fabulosas; frente á la gloria estupenda del mármol, multiplicada en los arabescos, en las columnatas y en los magníficos rosetones de las torres. Mil sueños fúlgidos incendiarán mi fantasía y mi alma se poblará de perfumes y de imágenes inefables. Evocaré la memoria de mis lejanos anhelos y sentiré florecer de una manera divina mis tristezas en el sereno ambiente de inmortal poesía. Evocaré los recuerdos de las leyendas amorosas; y no veremos revolver sobre nuestras cabezas las sagradas palomas de San Marcos en las claras mañanas de septiembre, ni pasar junto á nosotros bellas vírgenes vendiendo cestillas de violetas. No veremos el esplendor de las fiestas fastuosas en los palacios de oro y de mármol, ni en la oscura noche pasar las góndolas fugitivas, consteladas de luces de colores, como visiones ilusorias...

No. Apenas oiremos, en las altas horas, surgir del hondo silencio del cielo y de las aguas el rumor de una góndola que se desliza tenuemente, como una flor impulsada por el céfiro sobre la superficie de un estanque...

Después llegará á nuestras almas una música lejana y sutil como su milagroso encaje de armonía; una música honda y ligera que parece aletear en el espíritu y que recibe el timpano como una caricia embriagadora. Melodía aérea, cercana y distante, que tiene la dulzura de los besos y la amargura de las lágrimas; que es tristesima, y habla, sin embargo, de alegrías inmortales...: melodía que ríe y que llora, que es mundana y mortuoria,

y dice á las almas profundas cosas misteriosas que no son de la tierra.

Es la antigua serenata veneciana, llena de palabras ardientes sollozadas al ritmo lento del bandolín polifono; la canción amorosa del Adriático, llevada sobre las olas azules por los vientos nocturnos; la voz del espíritu y del deseo, prodigiosa y dulce en esa hora en que la luna borda fugaces flores de plata sobre los muros de piedra.

De pronto, en lo alto de un palacio se abre una ventana gótica coronada de tréboles, ceñida de jaspes. Y aparece una blanca beldad—visión de nieve y de luz—que se inclina hacia la góndola inmóvil, sobre la que deja caer una escala de seda... El amante sube por ella;—la ventana se cierra; todo queda en silencio.

Todo queda en silencio, Alma mía. Solamente oigo la voz de tu corazón. Acércate más y tiende sobre mi el manto de tu cabellera castaña... Continuemos nuestro viaje por los canales callados, bajo la luna fantástica... Y con las manos unidas y los labios juntos, guardemos silencio y soñemos un sueño milagroso de dolor y de amor, del que sólo debemos despertar en un país de sombras, fríos y palidos, en los brazos de la Muerte...

FROILÁN TURCIOS.

POEMA EN PROSA

CRISANTEMOS

Los crisantemos!... Flores sin aroma, son la postrer corona del año: sus mórbidos colores se adaptan á la hora melancólica en que nacen: flores de cementerio, hechas para los sepulcros.

Exóticas, adoptadas y cultivadas por los horticultores como raras joyas, buriladas en *medusas* erizadas y rispidas, estas extranjeras han asumido el imperio de la moda, y sus aficionados son tantos como los de las inquietantes orquídeas «de exterior sutil» que dijo Strindberg, á quien placía compararlas con mariposas funerarias.

Esta pasión por las flores singulares es un signo de los tiempos, suerte de abandono y de descrédito en el cual han caído las pobres flores sin rareza, las rosas y las dalias, que ahora son burguesas. Tales los poetas ingenuos, los ignorantes que *no saben sino su alma*, como Lamartine, comparados con los orfebres sabios y complicados de los versos nuevos.

Comprendo perfectamente el atractivo de preciosidad de las orquídeas, de formas fantásticas, torturadas y curiosas, el encanto cuasi doloroso de los crisantemos, de pálido amarillo, de tenue oscuro, de suave violeta. Esas flores que ahora triunfan responden á particulares estados de alma. No es precisamente lo

sencillo lo que hoy seduce. La rosa parece tan vulgar como la humilde violeta, y ya sólo las modistillas van á coger, por la primavera, lilas y viburnias.

Todo se sostiene en este mundo: las flores extrañas son contemporáneas de los epítetos raros. Pierre Dupont, á quien placía cantar, con la viña, las margaritas y los agabanzos, renunciaría hoy á celebrarlas, y sus estribillos dirían, en neo-versos, las melancolías de los crisanemos.

Por desdicha, las antiguas flores, las flores abolidas, las humildes flores,—margaritas de los prados, á las cuales ya no se interroga si se es amado, campanulas y amapolas, con las que Ofelia hacfa coronas para su blonda cabellera—están ha tiempo abandonadas; y olvidada ya la vieja canción, la canción del poeta inmortal:

*Allez, allez, ó jeunes filles
Cueillir des bleuets dans les blés!*

JULIUS CLARETIE,
De la Academia Francesa.

EN LAS SELVAS LEJANAS

EX-VOTO GUARANÍ

La fúnebre procesión salió del rancho, semi-envuelta entre las nubes de incienso quemado por los muchachos en pequeños braseros de barro cosido, y penetró en la picada que atravesaba la selva de norte á sur. En aquella radiante mañana de primavera, los albos trajes de las mujeres ponían una nota de violenta blancura sobre la gran esmeralda del bosque.

A la cabeza del cortejo marchaba la abuela llevando sobre su cabeza el diminuto féretro, dentro del cual, el pequeño cadáver del niño mostraba su rostro delicado y cobrizo, entre una aureola de flores de papel dorado y de clavos purpúreos. El espumoso ñanduty de la mortaja se agitaba como alas de pequeñas mariposas á impulsos de las rachas de viento tibio y perfumado que venían del naciente. Entre las manos del niño muerto, iba colocada una rama de arrayán, teñida con polvos de oro.

Más atrás se agrupaban las mujeres, vestidas con mantos y cortas enaguas de algodón silvestre, luciendo sobre el cuello el sangriento collar de corales de gruesas cuentas y colgantes de bronce, y enseñando á través de los delicados encajes de las camisas, sus senos elásticos y prominentes. Algunas llevaban coronas de azucenas de los arroyos, otras, hojas de *pinó*, la gran palmera en la cual el viento llora su llanto de mil años. Varios chicuelos, tomados de las manos de las madres, arrastraban guías de enredaderas repletas de pompones irizados.

Aquella larga procesión doliente cru-

zaba silenciosa, en medio de las nupcias que el bosque celebraba con la divina Primavera. Por todas partes la vida surgía con inauditas lujurias, en estallidos triunfales. Sobre la arena rojiza brotaban helechos de finas hojas, palmas enanas, lirios azulados, diamelas de violentos perfumes, jazmines, violetas, alzándose junto á los dragos que destilaban sangre y á los mamones que derrochaban oro en la pulpa de sus frutos aromados.

Las lianas, surgiendo de la tierra como infinitos haces de músculos desgarrados, se apretaban á los troncos de los cedros, ahogaban á los urundai en abrazos mortales, saltaban entre el ramaje, retorcián sus guías en curvas rabiosas, en espiras mil veces repetidas, iban de un árbol á otro, tejiendo doseles fabulosos, y por fin, subían á la cima de la selva, á la copa de los árboles centenarios, para derrochar toda su savia en tirso de un rojo deslumbrante ó en leves pompones amarillos, entre los cuales las abejas batían sus alas transparentes.

Los naranjos, vestidos de azahares, nevaban sobre el césped los cien mil pétalos de sus trajes nupciales; los jazmineros blancos mostraban sus sienes consteladas con estrellas de cinco hojas; los rosales salvajes destilaban esencias enervantes; las orquídeas trazaban manchas tornasoladas sobre el musgo de los troncos carcomidos, y aquí y allá, sobre la arena, entre los resquicios de las rocas, en cualquier parte donde hubiera un puñado de polvo ó una vaho de humedad, las plantas parasitarias alzaban sus exóticos follajes, entre los cuales el iris agotaba las progresiones de un colorido inaudito.

Mientras el cortejo desfilaba silencioso, los monos arrojaban sobre las cabezas de las mujeres y entre los negros rizos de los chicuelos, puñados de hojas; las gallinas del monte, de plumaje aterciopelado y penachos amarillos cloqueaban entre la espesura; las palomas arrullaban en sus altos nidos; las calandrias silbaban sus locas canciones de muchachuelas descocadas; los mirlos repetían sus agudos y melancólicos arpegios y las garzas de crestas sedosas y largas patas rosadas, se emborrachaban de luz con sus ojos fijos en el sol.

Y entre tanto que la existencia resurgía por todas partes celebrando la comunión de la primavera, el pobre niño muerto cruzaba dentro de su minúsculo féretro á través del bosque, recibiendo la gran nevada de los azahares fecundados, que depositaban sobre su frente helada, en la hundida cuenca de sus ojos, entre sus labios diminutos y lividos, un postrer beso de vida agotada, de suave perfume y de doliente ensueño....

Ante las ruinas que se alzaban hacia el naciente, el cortejo se detuvo, y el



LA FUENTE DEL AMOR. — Por J. H. Fragonard

féretro fue depositado al pie del ángel indígena, cuyas largas alas de granito rojo formaban el dosel de la fuente sagrada. Luégo, se encendieron las velas de cera virgen, cubrióse de incienso el fuego de los rústicos braseros, y la secular liturgia viviente en la tradición desde hacia tres siglos, se puso en práctica con todo el encanto de su primitiva ingenuidad.

El alma del niño muerto era ofrecida al Gran Misterio, ante el ángel carcomido por el tiempo, pero de cuyo vientre partía un chorro de agua, sonoro y cristalino. Alrededor del féretro, los juncos formaban un nimbo de capullos entreabiertos levemente ante el dulce calor del medio día. La abuela entonó los primeros acentos del fúnebre canto guaraní, y las mujeres, hincadas, lo repitieron quejumbrosamente. Todos los rumores de la selva parecieron callar ante aquel doliente clamoreo.

—«Ñande-Yara—decían las mujeres—padre del cielo azul, Señor de las lla-

nuras, de las selvas, de los animales y de los hombres:

«Padre amoroso que fecundas la tierra, disuelves los copos de las nubes y haces marchar el agua de los grandes ríos:

«Ñande-Yara, Señor del huracán, que pones tu voz en el trueno, que hieres con el brazo de fuego de la tormenta, mientras lloras lágrimas heladas entre el estrépito del granizo asolador:

Ñande-Yara, Tupá, Fuerza, Luz, Germen, Esencia, Alma, Forma de todas las cosas, hé aquí tu obra que vuelve á tu seno misterioso y eternamente fecundo!»

Aquel canto se esparcía á través de las ruinas con notas quejumbrosas, repletas de incommensurable melancolía. Sus acentos rebotaban en las arcadas carcomidas por el moho; en las columnas truncas y resquebrajadas; en los trozos de bóveda aún subsistentes del viejo templo jesuita, y se perdían en las lejanías, más allá del ábside cubierta de verdura, en cuyos ventanales las lianas formaban ñanduties de tallos, de hojas y de flores.

«Y las mujeres proseguían clamorosa-mente;

«Sér bueno, Sér terrible, Sér radiante!

«Eres calor en el sol, fría luz en la luna, fulgor en los luceros, sangriento rastro en las exhalaciones viajeras y misteriosas.

«Eres la noche y el día; el pan que alimenta; el viento que estremece las hojas de los cocoteros; el vagido de los seres que nacen; las sonrisas de los niños que mueren.

«Ñande-Yara, Color, Perfume, Melodía, Fuego, Luz, Vida, Muerte, Alma de toda cosa, Forma de toda especie, hé ahí tu obra que vuelve á tu seno, hé ahí tu obra que va á guardar la tierra entre la humedad que chupan las raíces de los árboles y alimenta la vida de las hojas!»

Las mujeres pusieron de pie y acercándose al féretro, imploraron al alma del niño que saludara á los espíritus de sus abuelos en el gran viaje desconocido. Y la pequeña fosa comenzó á cavarse al pie del ángel cincelado por el artista indígena, de cuyo vientre partía el chorro de la fuente, cristalino, rumoroso, inagotable.

Aquella ingenua liturgia guaraní, se substituyó poco á poco por las oraciones cristianas. Se olvidaron los himnos primitivos por los rezos plañideros. Los muchachos repetían las oraciones, mientras ahondaban la fosa con sus pequeñas manos cobrizas. Y la abuela mezclaba sus lágrimas á los blancos mechones de su larga cabellera lacia.

Cuando llegó el momento de depositar el cadáver bajo una capa de *humus* negro y grasoso, se arrojaron piedras blancas en el interior de la huesa, y las viejas lloronas lanzaron desesperados alaridos, desgarrando sus trajes y elevando sus manos estremecidas hacia el cielo. Una madre, con su hijo en los brazos, dejaba chorrear en la fosa gotas de leche de su seno firme y henchido, desbordante en la savia gloriosa é infinita.

Al clavarse la cruz, las mujeres dejaron de llorar. Secaron sus lágrimas en el sudario de hilo y de encaje que orlaba los brazos del rústico símbolo y prorrumpieron en alegres carcajadas, entre tanto que colocaban sobre la tumba en abigarrado montón, las coronas de jazmines y las guirnalda de enredaderas, violáceas, blancas, encarnadas, amarillas.

Y cuando se alejaron, riendo estrepitosamente, arrebujaadas en sus recios mantos de algodón, hendiendo con sus pies desnudos el césped fino y aterciopelado y moviendo rítmicamente sus caderas de madres valientes y fecundas, el sudario volaba entre los brazos de la rústica cruz como una gigante mariposa blanca.

MARTÍN GOYCOEHEA MENÉNDEZ.

MARTIN TOVAR Y TOVAR

In memoriam.

Ahora que los artifices de la palabra pregonaron, en afligranado decir, cómo era luminosa tu paleta y cómo era sabio tu pincel; cuando sobre esos tus despojos venerandos han caído en profusión, nacaradas flores de fragancia tropical; ahora que un río de lágrimas candentes ha templado el hielo de su última morada, permite, Maestro amado, que yo, tu oscuro discípulo; tu amigo de tantos años; tu admirador de siempre, deje caer sobre tu huesa la tosca frase de mi afecto; una pobre flor de nuestros campos; y un mar de llanto de mi corazón!

Deja que le diga á los que sólo conocieron las creaciones de tu genio, cómo eras de inagotable bondad; de no mentida modestia; de envidiable sabiduría:

Deja, en fin, que repita con Aristides Rojas:

«Tovar es, además de un gran artista, un hombre justo.»

Hermoso elogio, digno de ti, y de aquel que en buena hora lo tributara á tus virtudes!

Maestro: mis pobres obras artísticas no pueden honrar tu memoria, porque no seguí cuanto debía tus sabias enseñanzas; pero tus consejos paternales, las advertencias de tu amistad, esos se grabaron en mi memoria y han germinado en mi corazón!

Maestro! que la gloria perdurable te envuelva en sus áureos resplandores!

A. HERRERA TORO.

3 de enero de 1903.

¿QUÉ ES LA MÚSICA?

Composición recitada en una velada artístico-literaria efectuada en Mérida.

La filosofía y el lenguaje que aprendemos en los bancos de las escuelas y universidades, no nos sirven para explicar ni definir muchas cosas que son por cierto las más comunes é interesantes en la vida.

Todos sabemos desde la infancia, con plena conciencia, lo que es el cariño, lo que es la tristeza, lo que es la alegría; y, sin embargo, la filosofía y el lenguaje no nos sirven para definir á satisfacción lo que es cada uno de esos sentimientos tan comunes. Todos decimos, con la mano sobre el pecho, lo que vulgarmente se dice, que lo sentimos, pero que no tenemos palabras para explicarlo.

Acaso sea de todos conocido lo que sucedió á aquella Academia que, en el compromiso de dar una definición de la mujer, confió el encargo á un sabio y filósofo profundo, de los más ilustres de la época, el cual aceptó con la condición

expresa de que se le diesen diez años de término para estudiar el punto y formular la definición. Pues bien, ¿sabéis cuál fue el dictamen de este egregio sacerdote de Minerva?

Un día la Academia celebra sesión pública y extraordinaria para oír el informe del sabio. Estaban vencidos los diez años de consagración y de estudio para coordinar cuatro ó cinco palabras. El concurso era inmenso, la ansiedad indescriptible. En medio de un silencio profundo el sabio sube á la tribuna, y con la doble autoridad que daban á su voz la ciencia y la extraña celebridad del suceso, habló en estos términos:

«Durante diez años no he tenido en la mente más que un solo pensamiento, la mujer; ni he hecho otra cosa que estudiarla á la luz de la Religión y la Filosofía, á la luz de la Historia y de las Artes, á la luz de la llama del hogar en el seno de la familia; durante diez años he consultado millares de libros antiguos y modernos, desde la Biblia, que es el gran código de la humanidad, hasta la obra festiva que retrata á vuela pluma nuestros caprichos y costumbres; he conversado con todos los sabios, con todos los poetas, con todos los artistas, y al cabo, como resultado final, debo confesaros con tristeza que he perdido mi tiempo, porque la mujer es un misterio del corazón y, por consiguiente, un sér de todo punto indefinible.»

¿Y esto qué nos prueba? Que hay un mundo entero dentro de nosotros mismos que no podemos revelar con palabras de ninguna lengua; y á este orden de cosas misteriosas é indefinibles pertenece la música.

Yo os pregunto ¿qué es la música? En la necesidad de definirla, los autores didácticos han escrito en los diccionarios y textos de enseñanza: «la música es el sonido acorde y modulado de alguna voz ó instrumento.» No, eso no puede ser la música, eso no da ni una idea remota del divino arte; eso es, en dos palabras, la confesión sencilla y elocuente de la impotencia del lenguaje para revelar las cosas del alma.

Con vosotros hablo ahora, oh, jóvenes que estáis en la primavera de la vida, en la edad dichosa de los ensueños é ilusiones, cuando nos parece que no tocamos el suelo con los pies, sino que vivimos levantados sobre nube fragante por encima del follaje de los jardines, á la altura donde los pájaros fabrican su nido y las flores reciben á diario las caricias del sol y el rocío del cielo. Contestadme vosotros, que estáis llenos de aspiraciones y esperanzas ¿qué cosa es la música?

¡Ah, ella es para vosotros la voz misma de la felicidad, la voz tentadora de esa sirena que cruza velozmente las ondas de la vida; que con nosotros ríe y



LA TOILETTE DE LA MUÑECA. - Por Faugeron

con nosotros canta; que huye, que huye siempre, pero que jamás desaparece del horizonte del alma, ya como el destello de un sol desconocido, ya como el rumor lejano de las fuentes que surten la dicha en la mitad del paraíso.

Para vosotros, oh, jóvenes, la música tiene color y fragancia como las flores, sabor y dulzura como los más ricos manjares y centellas de hermosa luz como los astros que fulguran en el cielo.

Pero ¿será esto la música? Ya me parece ver que movéis la cabeza para proferir un no que os sale de lo más íntimo del pecho, vosotros los tristes, los afligidos por alguna desgracia, los que en vano queréis libertaros del peso que os abrumba ni de la nube sombría que os sigue á todas partes. No, me diréis, con toda la exaltación de vuestro dolor, la música es la tortura refinada, el supli-

cio atroz, la espada que nos hiere á traición en la mitad del alma; la música es la copa rebotada de la amargura, el grito agudo de la desesperación, el martirio constante de los que sufren y lloran.

Apartemos, ahora, nuestros ojos de todo cuanto nos rodea y elevemos nuestros corazones al cielo para hablar de Dios y de los misterios de su culto. ¿Qué decís vosotros de la música, cristianos fervorosos, que os arrodilláis en silencio sobre las baldosas del templo? ¿Qué sentís vosotros dentro del pecho cuando la nube de incienso envuelve el santuario y resuenan en el coro la música y los cánticos sagrados? Entonces comprendemos que la música no es trabajo del ingenio humano, sino cosa muy santa que acompaña los misterios de la Religión, porque ella enciende y aquilata nuestra fe, nos mueve á la oración y al

arrepentimiento y, en una palabra, la música nos arrebat, nos arrebat, sí, como arrebat el viento la débil hoja, para trasportarnos en sus ondas sonoras á la cumbre radiante de la piedad sublime, donde no es el cuerpo sino el alma la que cae trémula á los pies del Altísimo para pedirle su protección y amparo en las congojas de la vida.

¿Acabará aquí lo que puede decirse de la música? No, ella tiene tantas faces distintas como aspectos cobra la naturaleza que nos rodea y el cielo que nos cubre: tiene claridades como el día, tinieblas como la noche; está en el aura leve que riza las aguas, y está también en el huracán siniestro que espanta y aniquila.

¿Por qué tembláis todos, jóvenes y ancianos? ¿Por qué palidecéis de súbito al sonido de esos clarines, cuyo eco te-



SUEÑO. — Por J. A. Mariotón

rrible se extiende por lo alto de las montañas y penetra hasta lo más hondo de nuestros valles? ¿Por qué os llenáis de terror y de espanto, si es música lo que trae el viento á vuestros oídos? Lo habéis adivinado ya; es la música pavorosa de la guerra, la música del combate, que roba el trueno á las tempestades é imita el sordo bramido de las fieras; es la música de las imprecaciones, que excita al odio implacable y á la matanza sin piedad. Y no obsta que de ella surja también el himno de la libertad y del derecho, para que sea baldón eterno del género humano, porque es la música de la destrucción y de la muerte.

Inclinemos, pues, la cabeza en señal de impotencia para definir lo que es la música, y admirémonos de la candidez de los que han dicho, por salir del paso, que «es el sonido acorde y modulado

de alguna voz ó instrumento.» ¡Como si la música estuviese sólo en las inflexiones de la voz y en las cuerdas ó metal de los instrumentos! No, lo grande, lo sublime, lo esencial de la música está todo aquí, dentro del pecho, en las fibras más sensibles del corazón heridas por el rayo centelleante de la inspiración artística.

No os atemoriceís, almas sencillas, porque os hable ahora de las cosas del otro mundo. ¿Recordáis la obra del Dante, el poeta magnífico que nos dejó escritas las terribles impresiones del viaje á la eternidad? El no sabría tampoco definir lo que es la música, pero si se nos presentase, envuelto en su negro y fantástico manto, nos diría con voz solemne: «Yo estuve en el Infierno, y oí resonar la música como la tremenda maldición contra los réprobos; yo estuve en el Purgatorio, y oí resonar la música

como el clamor supremo del arrepentimiento y la esperanza; yo subí más alto, guiado por el ángel del Señor, estuve en la región de la luz increada, en los círculos resplandecientes del cielo, y oí resonar la música como el idioma de los ángeles y la triunfal armonía en que viven perpetuamente los bienaventurados.»

La música habla todas las lenguas, congenia con todas las razas y reina en toda parte del mundo. El hijo del Norte que arrastra su trineo sobre los témpanos de hielo; el jinete árabe que cruza veloz por las arenas del desierto; el marino que fuma tranquilamente su pipa en medio de los peligros del mar, todos quedan en suspenso y entienden desde el fondo de su alma, sin necesidad de traductores ni de intérpretes, lo que el músico compone en cualquier paraje de la tierra, lo que el artista les dice desde



EL AGUILA EXPIRANTE. — Por J. L. Gérôme

la soledad fecunda de su inspiración y de su estudio.

Y vosotros también, hijos de los Andes, altivos montañeses de mi patria, que tenéis brazos de titán y corazón de niño y que lleváis erguida siempre la cabeza como son de erguidos vuestros nevados montes; vosotros también, no sólo escucháis admirados lo que os dice la lengua misteriosa de uno de esos lejanos artistas, el gran Bellini, sino que, en el transporte de vuestra admiración, reunís y condensáis todos vuestros alientos de pueblo espiritual y culto, como se reúnen y condensan en la nube los hálitos de la tierra, para dejar caer sobre Mérida este torrente de armonías, esta lluvia de estrellas arrancadas del cielo de la inteligencia y del Arte.

En los tiempos antiguos, cuando la ecia estaba en el apogeo de su gloria,

las Musas residían en su territorio, sobre el monte célebre del Parnaso. Pero cuando pasó la civilización helénica y enmudeció aquel pueblo de artistas y filósofos ¿qué rumbo tomaron estas nueve deidades protectoras? El Parnaso primitivo existe ciertamente, pero no es hoy sino un peñón triste y solitario.

¿Qué fue, pues, de las Musas? ¿Huirían acaso de la tierra? No, ellas viven todavía, amables y dichosas, pero no en el monte griego, sino en otro país predilecto que han esclarecido con su numen y hermoseado con sus gracias; ellas hicieron suyo otro pedazo del planeta, que es hoy la admiración de los sabios, el Sinaí de las Artes y la delicia de las demás naciones. Ellas viven en tu fecundo seno, oh, Italia, la tierra de las maravillas, donde cada madre cuenta entre sus hijos un artista y en cada pie-

dra del suelo está escrito un pasaje de la historia del mundo.

Vuelve por un instante del dulce embeleso en que vives, arrullada por tus músicos y trovadores, y escucha complacida el eco de las montañas de mi Patria, la voz de un pueblo de Venezuela que hoy celebra tus triunfos, y que á falta de cinceles y de mármoles para honrar la memoria de uno de tus genios, organiza esta fiesta como un monumento fantástico, como una gran pirámide de flores donde nuestros músicos, nuestros poetas y nuestros oradores, en asocio de la mujer, escriben mil veces tu nombre con la llama viva de la inspiración y del talento.

TULIO FEBRES CORDERO.

Mérida.

PLAGA MALDITA

AL DR. ANDRÉS J. VIGAS.

El viejo Manuel, el padre más amoroso del mundo, estaba loco de júbilo remiéndose en su hijo Felipe, el cual, en el examen que acababa de prestar, había sido calificado de *sobresaliente*, optando al grado de bachiller.

En el tranquilo hogar del festejado estudiante, todo en aquella noche era música y estruendo. La profusión de luz y flores que allí había, brillaba á manera de fantástico kaleidoscopio, magnificándolo el primoroso hechizo de tanta belleza angélica como ahí señoreaba.

Los que se hallaban congregados en aquella morada de bendición: reían, cantaban, aplaudían y bailaban; y observando yo que un sujeto que tenía á mi lado estaba triste, muy triste, díjeme:—Este hombre padece ocultas pesadumbres, y no deja de tener sus visos de piedad que lo arranque de su pesadosa abstracción, hablándole de cosas gratas.

Y al fin, díme al abordaje, rompiendo el diálogo en esta forma:

—Caballero: ¡qué cuadro tan magnífico éste!... Yo no soy sino amigo de Felipe, pero estoy tan contento como su padre, por el lauro que él acaba de segar.

Mi vecino abrió tamaños ojazos, vióme con aire sorprendido y rió como un idiota.

Yo continué:

—Nada hay más hermoso que los triunfos del talento, y Felipe lo tiene de sobra.

—Así dicen,—contestóme, poniéndose livido.

—¡Ya usted le oirá,—díjele,—ya usted le oirá recitar la preciosa poesía que él ha escrito expresamente para este acto!

—Yo soy enemigo de las Musas!

—¡Oh! ¡por Dios!...! No diga usted semejante herejía!

—Vamos: ¿qué valen tantas palabras huecas, como aquí se dicen, y esos apretones de manos, y esas sonrisas y esos cantos? Todo eso es para hinchar la vanidad de ese mozo pedantón, que se las da del orador y del hijo de Apolo, cuando él nada sabe; y esto,—¿á qué negárselo á usted?—me exaspera.

Y se puso espantosamente sombrío.

La orquesta rompió á tocar los más dulces sonatas, y él, dándome una suave palmada en el hombro, tapándose los oídos, díjeme:

—Hágame usted el bien de venirse conmigo, que este ruido de cencerros me atormenta; que allá, en el patio, le contaré á usted una historia algo interesante.

Juntos salimos de la sala, nos sentamos cómodamente y él habló de esta manera:

—«Celebrábase en el cielo el onomástico del Hijo de Dios, y no hay para qué

decir que todo estaba allá de lo más acabado en galas y en primores.

San José lloraba de gozo; y la Madre-Reina, sonriendo de modo inefable, besaba la frente purísima del casto fruto de su amor inmortal.

Jesús recitaba, con la música de gloria de su palabra, *El Sermón de la Montaña*; y terminaba de decir:—*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!*, cuando llegó hasta el centro de aquella mansión de paz un rumor profundo y tristísimo: elegía suplicante, salmodiada por millares de almas martirizadas, que clamaban:

—*Libera nos, Domine, de morte æterna!*

La Madre de Jesús corrió donde el Padre Eterno y suplicóle le concediera la gracia de liberar de las llamas del Purgatorio á todos aquellos que en aquella hora se hallaban expiando sus culpas en él.

Dios se lo concedió, y todos los redimidos por la intercesión de María hicieron al cielo su entrada triunfal!

Y entonces comenzó la grandiosa fiesta!

La milicia regia, compuesta de los Apóstoles y de los mártires, presidida por San Pedro, entonó con valiente ritmo:

—*Te-Deum laudamus...*

Las Vírgenes, envueltas en su ropaje cándido, con las Santas que les hacían coro, cantaron:

—*Magnificat anima mea, Dominum.*

Y las potestades angélicas, rasgueando sus arpas cólicas, modularon:—*¡Gloria in excelsis Deo...!*

El Padre Eterno, desde su almo solio, bendecía con su divina diestra á los jubilosos felicitantes de su sagrada Corte, que ofrendábanle en acción de gracias tan espléndido homenaje.

Nada turbaba la tan radiante fiesta, como que ella tenía por teatro el mismo palacio de Dios; cuando hubo un instante en que á nuestro buen Padre viósele como sorprendido, puesto que él clavó sus ojos en uno que lo rondaba muy de cerca, con una cara que metía espanto.

Ordenó en el acto que le llamaran á San Pedro para esclarecer el asunto; y San Mateo, viendo los movimientos, le dijo en el oído á San Lucas:

—¿Como que tenemos anarquistas en casa?

—Vigilemos, por si acaso!—contestóle el interrogado.

Compareció el Santo Apóstol ante la presencia del Padre Eterno, y Éste, señalándole el personaje del caso, preguntóle:

—¿Quién es aquel hombre que, al verme, se pone todo demudado y suspira lleno de honda pesadumbre?

Claro es que Dios sabía quién era el referido sujeto, pero quiso ver cómo

marchaba de listo San Pedro; el cual, dirigiéndose al sospechado, díjole:

—Caballero: véngase usted conmigo.—Y llévósele á la Sala de Audiencias.

Largo tiempo pasó San Pedro interrogando al compungido personaje, hasta que vino á sacar en limpio de que él estaba habiéndosele con un envidioso.

Dejólo ahí detenido, y acudiendo presto donde el Padre Eterno, postrado de rodillas, díjole:

—Señor!... Señor! Tan justamente alborozado he estado todo el día de hoy que, sin saber cómo, se coló aquí de rondón el hombre que llamó vuestra augusta atención; é interrogado de modo minucioso por mí en la Sala de Audiencias, me ha confesado que él se hallaba profundamente triste y malhumorado, porque os vió á vos, amado y glorificado por todos los seres, cuando á él nunca le han hecho caso, ni *aquí* ni *allá*.

—¡Hola!... ¡Hola!—exclamó nuestro buen Dios.—¿Con que esas teníamos?... Bueno!... Pues mándeselo á Luzbel, y que le digan que allá va lo suyo.

Hízolo así San Pedro. La escolta que conducía al reo llegó á la gran puerta de entrada de *la ciudad doliente*, en la cual hallaron á Luzbel echando un pali-que con Barrabás; enteróse aquel del objeto de la comisión y dirigiéndose al cuitado, preguntóle:

—Y tú, ¿de qué pie cojeas?

—De los dos!—contestóle el irónico.

Luzbel, sazonado de cólera, díjole:

—Lo que quiero decirte, obtuso, es que me digas por qué clase de fechoría es que te envían para acá?

El jefe de la escolta, para obviar rodeos, díjole á Luzbel:

—Este que te traemos es un envidioso!

Satanás estalló en una carcajada ciclópea, y contestóle al entregador:

—Pues mira, chico: llévatele de aquí, y dile al Portero del Cielo: que le estoy muy agradecido de su recuerdo; pero que vea qué hace con este hombre, porque yo no lo quiero en mi reino, ni regalado.

En esto oyóse un grandísimo alboroto entre dos *clientes* que se decían:

—¡Cállate, traidor!

—¿Y tú, qué eres, prevaricador?... A más de ser traidor á tu conciencia, eres hipócrita é infame.

Satanás pateó de furor y díjole á Barrabás:—Corra y dígaes á Judas y á Pilatos, que me guarden orden en la casa; que no es bien mirado que estos caballeros que han venido á tratar asuntos trascendentales conmigo, se impongan de sus venialidades.

Calmada la espantosa bronca, el envidioso, con voz suplicante, díjole:

—Señor!: no me desdeñéis, que un misero como yo es indigno de vuestro regio desprecio!



El Gran sacerdote Coréus se sacrifica por salvar á Callirhoé. — Por Fragonard — Museo del Louvre

—No troves!—respondióle Satanás.—Después de que Caín,—atarantado por la «tristeza del bien ajeno»,—mató á trastazos á su inocente hermano Abel, creo de ustedes los envidiosos todo lo malo de que yo soy capaz!... Vamos!: que hace siglos que corri á latigazos de estos sitios al tal Caín, y me ha dado en el mundo los resultados apetecidos!... Aquí no lo podía aguantar.

—¿Y no me conoce vuestra grandeza?

—No!... Ni quiero conocerte!

—Por eso seguramente es que me rechazáis... ¡Yo soy Caín!

—¿Tú eres Caín?—dijo Satanás, brincando de espanto.—Pues mira, chico, me alegro mucho verte para decirte que te vayas de por todo esto, que yo no estoy ahora para *correderas de gallos*!... Contigo no hay alianza posible!... ¡Vete, vete!

Y le tiró la puerta en las narices».

Aquí, mi platicante, viéndome sonriendo, preguntóme: —¿Qué hay?... ¿Le gusta la historia?

—Es muy buena,—contestéle.—¿Pero á qué viene todo eso?

—Pues para decirle á usted que, Caín, corrido del cielo y del infierno, volvióse otra vez á la tierra, casóse en segundas

y otras nupcias, y con su fecunda prole plagó al mundo, y de esa tan sonada familia es miembro muy distinguido su atento servidor.

—¿Luego usted es familia de Caín, de aquel envidioso asesino del candoroso Abel, que hizo cavar la primera fosa y ofrendó á la Muerte su primer trofeo?

—Exactamente!... ¿No ve usted cómo me muero de rabia y de dolor cuando oigo aplaudir á Felipe? Pues bien: si oigo un aplauso más, no sé qué será de mí!...

En aquel instante vibró una voz dulce y sonora, declamando unos bellísimos versos: Felipe subyugaba al concurso, y éste lo aplaudía con brioso entusiasmo.

El menguado rompió á llorar y desapareció súbito de aquel hogar feliz.

Luego al otro día apareció en un diario matutino el siguiente escrito, obra del envidioso que había sido tratado, el día antes, á todo primor, en la morada de Felipe:

«DESASTRE

«De tal puede calificarse el que sufrió ayer en la mañana, ante la respetable y docta Junta, el joven Felipe Plumares, el cual quedó tristemente corrido en los

varios temas en que fue examinado, resultando, como es lógico, reprobado; pero, al fin, pudo más la piedad que la justicia en el corazón de los examinadores, y le regalaron al joven estudiante el título de bachiller. El referido bachiller, queriendo borrar en algo la impresión del desastre por él sufrido, dió anoche en su casa una fiesta de *revancha*, la cual puede calificarse de *el acabóse*; pues él, por echárselas de sacerdote de Apolo, leyó una *lata* de su cosecha, y de chiripa no se hundió la casa á patadas y á silbidos. Compadecemos á nuestro distinguido amigo el señor don Manuel Plumares, aconsejándole, á fuer de imparciales, que les diga á los maestros que lo han estafado tan malamente, al no enseñarle nada á su hijo, que le devuelvan sus reales.

Un testigo imparcial»

Cuando Felipe leyó las endiabladas pullas del envidioso calumniador, rió á sus anchas y dirigióle las siguientes líneas,—que no quiso publicarlas, por no regalarle el gusto al ingrato anonimista:

«Anito

«El Desastre que has publicado contra mí, llenóme al principio de dolor, por-

que no daba en el blanco de la persona que tan injustamente me hería; pero cuando supe que eras tú el autor del vituperio, lo celebré infinito, ya que es un dicho consagrado aquello de que la ocasión descubre á los hombres. Tú has tenido el propósito de abatirme por el ridículo, y yo no debo sino es compadecerme: que sólo compasión inspira el envidioso. Y tan sé lo que vale tu *Desastre*, que desde ahora véome más obligado á aumentar tu ingrata cólera, vengándome de ti por los medios que más envenenan tu rabioso encono contra mí: los beneficios. Cuenta siempre con la eficacia de tu amigo:—*Felipe Plumares*».

La tarde de ese mismo día platicaba el infame envidioso, comiendo en la mesa del bachiller, celebrando en familia, con su jovial malevolencia, la *ingeniosa* treta que le había jugado á su noble amigo.

Y es que todo envidioso es calumniador, y todo calumniador es ingrato, y el ingrato rara vez deja de disculparse, y entonces es de hacerle la cruz, porque, cuando se disculpa, resulta el mismo Satanás en persona.

¡La *plaga maldita*!...

¡Dios me libre de la enfermedad de la envidia!

RAFAEL DE LOS RIOS.

REVISTA

LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES POR EL MÉTODO EXPERIMENTAL.

Según algunos filósofos—dice en la *Revue Blanc* Pedro Hachet-Souplet,—las leyes de la evolución constituyen la regla de la naturaleza; puede decirse también—añade,—y es más consolador, que son las vías de Dios.

En los ojos del animal está la clave de un enigma; á falta de palabras el animal nos mira, y lo hace á veces de un modo tan profundo, que nos deja soñando al borde del abismo. La psicología animal ha permanecido en la infancia por no haber usado hasta estos últimos tiempos el método experimental. Hachet-Souplet ha consagrado á estos estudios largas vigilias en el extranjero y en provincias sin que nadie apenas fijara en sus trabajos la atención, hasta que al fin los que ha hecho en el Museo de París han sido pregonados por la Prensa hasta producir un movimiento de opinión que dará por resultado la creación en el Museo de un laboratorio de Psicología animal.

El trabajo experimental del sabio se divide en tres partes: la estimulación propiamente dicha, la educación científica y la fisiología.

Las pruebas de estimulación propiamente dicha consisten en hacer nacer en la vida del animal circunstancias insólitas

que puedan poner en actividad sus facultades. Un experimento de esta clase era, por ejemplo, el ejecutado con un león de Abisinia; se le puso delante de una caja con tapa de visagra y que contenía carne de cebo para ver si la rompía brutalmente ó si era capaz de levantar la tapa; el león cogió delicadamente la tapa entre sus dientes, la dejó caer del lado de la visagra y sacó la carne.

Los resultados obtenidos por el estímulo tienen su confirmación necesaria en las pruebas de domesticación, que no hay que confundir con los trabajos de los domadores de circo. Cuando la persuasión no da resultado, hay que acudir á la coacción del hambre ó del miedo. Claro es que el animal que sólo cede á estos medios carece de inteligencia, pero tiene instintos seguros; tal es el caso del canero: rebelde á la persuasión pura y simple, cede á la coacción y es capaz entonces de aprender toda una serie de ejercicios complicados.

Otros animales no obedecen ni siquiera á la coacción; son simplemente excitables y viven, sin dirección psíquica, por la sola repetición de los fenómenos físicos y químicos de la nutrición y la reproducción; en esta categoría entran la mayor parte de los protozoarios.

En resumen: si la *persuasión* produce efecto en el animal, puede proclamarsele inteligente; si la persuasión no basta y hay que acudir á la coacción, el animal está dominado por el instinto; y si sólo atiende á la excitación, entonces no hay más que excitabilidad. Tales son los tres criterios que suministra la domesticación.

Importa anotar que en psicología, una vez adquirida una facultad superior, no destruye una facultad primitiva fundamental, sino que la da nuevos medios de ejercitarse; los actos inteligentes, una vez ejecutados, se hacen poco á poco habituales, y entonces la inteligencia, aplicándose á otros objetos, parece descargar-se del cuidado de ejecutar estos actos, que se convierten en instintos secundarios; así se explica la industria de las abejas ó el nido abovedado de la marica.

Pero más que la cuestión de las industrias fijas, lo que apasiona al filósofo es saber el grado á que puede llegar la libre inteligencia animal. ¿Son conscientes los animales superiores? ¿Están dotados de razón? El lenguaje no es la característica de los seres racionales, pues entonces los mudos carecerían de razón. Y si hallamos en algunos animales verdadera deliberación y movimientos adaptados á la variedad de las circunstancias, podremos decir que son conscientes.

Ciertas especies de monos y ciertas razas de perros, así como los animales que ponemos en el mismo rango, son capaces de razonamientos complejos, de imaginación, etc.; pero no son en ellos estos actos más que relámpagos psíquicos

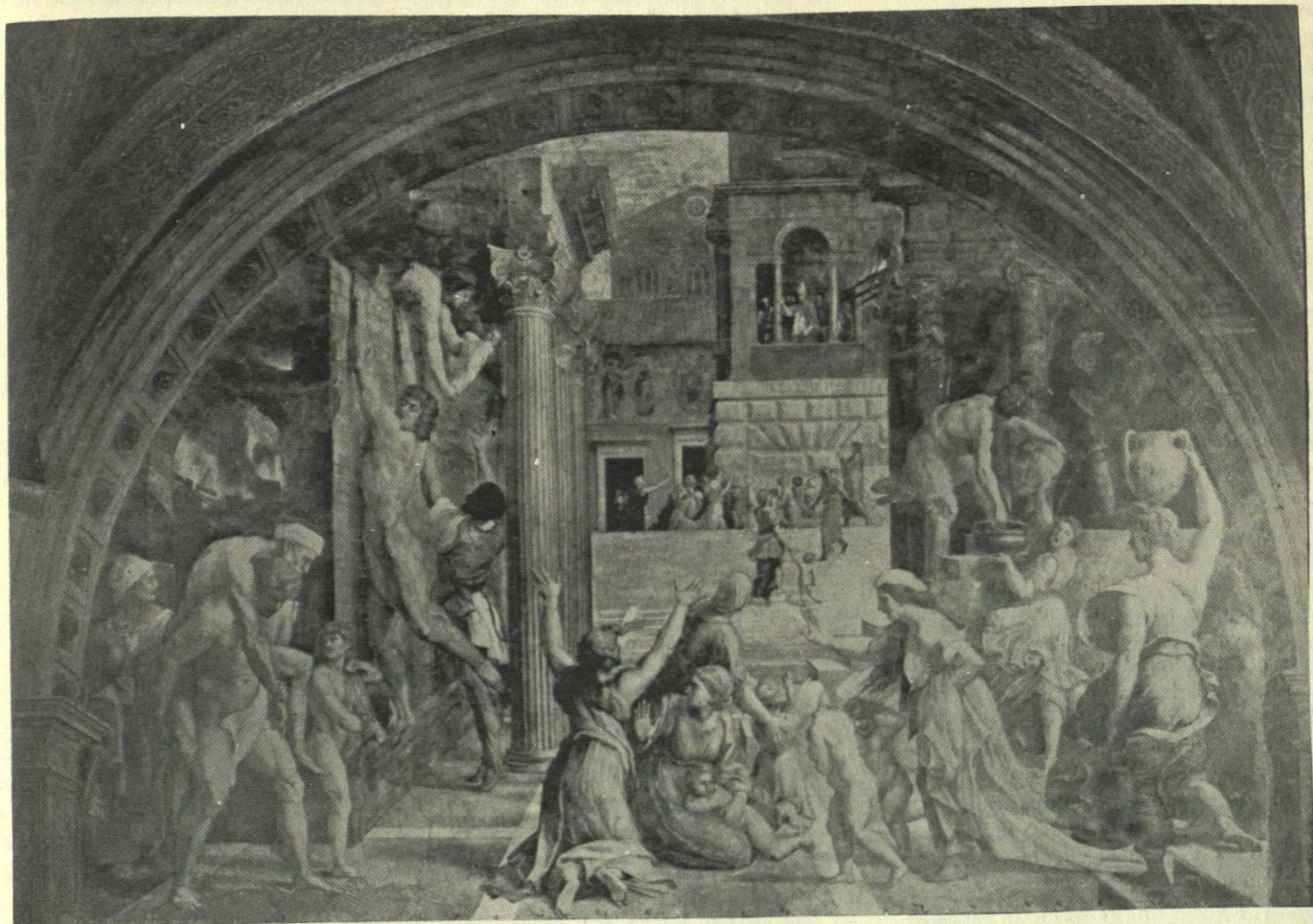
que una vez pasados, los dejan bajo el dominio del instinto. Pedid á los perros un trabajo diario, y no tardaréis en obtener en ellos una inteligencia maravillosa que no acertaréis á armonizar con el estado de inercia del cerebro en que recaen en seguida; y es que mientras la razón humana está formada por una serie de estados conscientes, la del animal está constituida por estados conscientes aislados. Hay, pues, diferencia, pero no una diferencia esencial entre la inteligencia de los brutos y la del hombre.

PSICOLOGÍA Y DIGESTIÓN

Así se titula un curioso artículo que publica en la antigua *Revue des Revues* el doctor Romme. Es cosa corriente en fisiología que la digestión se verifica por la secreción del jugo gástrico, y que todo alimento introducido de grado ó por fuerza en el estómago queda siempre perfectamente digerido; de ahí la alimentación forzada en los neurasténicos, los tísicos y los histéricos; con tal de que el estómago esté lleno de alimentos, la digestión se hará por sí sola.

Pues bien: todo eso es falso, como se demuestra por los experimentos novísimos del ilustre fisiólogo ruso Paulow. La excitación de la mucosa bucal, dicen los fisiólogos clásicos, provoca en el estómago una secreción de jugo gástrico. Pues bien; de los experimentos de Paulow se desprende que la secreción del jugo gástrico es enteramente independiente de la excitación de la mucosa bucal: á un perro se le pone en la boca sal, pimienta ó mostaza, y en el acto se produce una secreción de saliva abundantísima, pero las glándulas del estómago no segregan una gota de jugo gástrico; en cambio, si á ese perro le damos un trozo de carne ó se la enseñamos solamente cuando tiene hambre, el jugo gástrico se segrega abundantemente. Luego hay algo más que la excitación de la mucosa bucal para la producción del jugo gástrico, y esa otra cosa es la *idea* que se forma el animal del alimento que le ofrecen y el placer que se promete de su comida, y el papel de este factor psíquico es tan grande que basta la *imaginación* para provocar la secreción del jugo gástrico.

El cerebro es el que interviene de un modo decisivo en la secreción del jugo gástrico, ordenando, por decirlo así, á las glándulas que segreguen la cantidad necesaria para digerir los alimentos. Un experimento muy sencillo prueba esta intervención del cerebro. Los dos nervios pneumogástricos son los encargados de transmitir al estómago la orden del cerebro; córtense esos nervios á un perro y las glándulas no segregan una gota de jugo, aunque el perro haga su comida favorita. Todo esto quiere decir que cuando se come sin gusto y sin apetito, los alimentos caen en un estómago vacío, sin



INCENDIO DE BORGO. — Cífrara de Rafael (en el Vaticano)

jugo gástrico, sin condiciones para el trabajo digestivo que se le pide.

¿Se hará este trabajo, á pesar de todo, cuando el estómago digiera los alimentos de que está lleno? Sí, responde la fisiología clásica. No, ó muy mal, contesta Paulow. Como los clásicos creen que la excitación mecánica de la mucosa estomacal basta para provocar la corriente de jugo gástrico, piensan que la llegada de los alimentos al estómago basta para hacer que las glándulas entren en ejercicio, llenando sus funciones. Todo esto es falso. Tomemos un perro y lavemos bien su estómago, de modo que no quede señal ninguna de jugos ni de alimentos, y hecho esto, excitemos la mucosa mecánicamente con una varita de cristal, con las barbas de una pluma y hasta con un globo inflado que frote bien las paredes del estómago. ¿Qué sucede? Que esta excitación mecánica no logra producir ni una gota de jugo gástrico. Es más: si se introduce en el estómago del animal ciertos alimentos que no despierten en él ninguna idea de comida, como claras de huevos cocidos ó pan, estas sustancias permanecen horas enteras en el estómago sin provocar la menor secreción de jugo gástrico. Hay, sin embargo, ciertos

alimentos que provocan esta secreción, tales como el extracto de carne, el jugo de carne, el caldo, la leche y el agua; pero aun en estos casos la secreción es poco abundante y tardía, y la digestión, por consiguiente, se hace mal.

¿En virtud de qué fenómeno se efectúa la secreción del jugo gástrico con unos alimentos y no con otros? Por la excitación mecánica puramente, es evidente que no; luego hay algo más. Nuestro oído no percibe más que sonidos que no ejercen acción en las vista; como la luz que obra sobre el ojo es indiferente á la mucosa olfativa. Según Paulow, las glándulas del estómago, para entraren acción, necesitan también un excitante específico.

El trabajo de las glándulas digestivas presenta además, según Paulow, otra particularidad notable: la cantidad y la composición del jugo gástrico se acomoda en cada caso á la cantidad y á la calidad de los alimentos ingeridos; para 50 gramos de carne segregará, por ejemplo, diez centímetros cúbicos de jugo gástrico; pero para 100 gramos segregará en el mismo tiempo doble cantidad; y si en lugar de carne le damos leche, no segregará más que la mitad, por ser la leche de

más fácil digestión que la carne, segregando, en cambio, doble si le damos pan; y el jugo segregado para el pan, por otra parte, tendrá mucha menos pepsina que el segregado para la carne. El trabajo digestivo es, como se ve, un trabajo en alto grado inteligente, aunque sea totalmente inconsciente.

Todos estos hechos dan por resultado una serie de consecuencias interesantísimas, y de ellos brotan algunos preceptos sobre «el arte de comer». Sabemos ahora que la condición esencial de una buena y pronta digestión es el apetito, el deseo de alimentos, la sensación de placer que se espera disfrutar con su ingestión. Hay, pues, que mimar el apetito con celosos cuidados y provocarlo á toda costa: he ahí la regla capital.

En las clases pobres, donde el individuo vive más de sus músculos que de su cerebro, el apetito suele establecerse de un modo normal, confundándose con el hambre. Pero tomemos á un hombre que vive del trabajo de su cerebro, que tiene constantemente el espíritu ocupado en sus afanes, sin poderse distraer de su trabajo intelectual. Se pone á la mesa porque es la hora; se pone á comer sin pensar siquiera en lo que hace, automática-

mente, sin saber lo que come, con el pensamiento en otra parte. Ocurre entonces que la secreción del jugo psíquico, del jugo de apetito, se hace mal ó no se hace, y los alimentos permanecen en el estómago aguardando á que el estómago se desembarace de ellos; por eso la dispepsia es tan frecuente en los individuos de esta categoría, banqueros, comerciantes, literatos, políticos, etc.

¿Que hacer con estas gentes? Atraer su atención al acto de comer y despertar así su apetito, su gusto por la mesa. Una mesa bien puesta, con mantel limpio, con el juego de las copas y de la cristalería, con el vino chispeando en las garrafas, con los aperitivos convidando al placer del paladar, son medios sencillísimos que instintivamente se emplean en este caso; el marido de una mujer que se supiese de memoria su Brillat-Savarin, no debería ser dispeptico nunca.

Esos remedios no siempre son eficaces: los tuberculosos, los neurasténicos, los histéricos, que nunca tienen hambre, están en el caso de los animales á quienes se han cortado los nervios pneumogástricos. Para éstos habrá que recurrir á los excitantes *específicos* de la secreción gástrica: una taza de caldo, un vaso de leche tomado media hora antes de comer, pondrá en movimiento el aparato glandular de la mucosa, y cuando lleguen al estómago los alimentos, encontrarán allí, ya que no un jugo psíquico, un jugo químico provocado por el excitante específico, que les permitirá hacer mejor la digestión.

FERNANDO ARAUJO.

A MANUEL FOMBONA PALACIO

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU HIJO PRIMOGÉNITO

La flor que ayer fue ornato
De la gentil campiña
Y en la alborada apenas
Ya se inclinó marchita;
Hoy en nuevo pensil, jazmín de plata,
En el azul del firmamento brilla.

¿Por qué segó la muerte
La flor de tu alegría?...
¡Ay! lanza al són lloroso
De la enlutada lira,
Lanza ¡oh poeta! en la entreabierta tumba
La plañidera voz de la elegía...

¡Cuán felices las almas
Que en los tempranos días
Se van como las aves
A más benigno clima!
¡Ay! de aquellas que aquí por años largos
Beben el agua amarga de la vida!...

FELIPE TEJERA.

2 de enero de 1903.

NUESTROS GRABADOS

La alianza de los pueblos

Desgraciadamente para los bellos ensueños de la azotada humanidad, el aforismo de Hobbes está escrito indeleblemente en los pórticos de la existencia: *homo hominis lupus*, el hombre es lobo para el hombre.

Gigantesco y de musculatura titánica en sus primeros días, desgrefiada la cabellera selvática, listo el ojo, poderosas las mandíbulas, armado de la maza de sílex, feroz é indómito, va silencioso, solitario y terrible como un león del Atlas, por entre los bosques primitivos, verdadero señor de la naturaleza, rival vencedor de las fieras, entre las cuales no son los menos temibles sus hermanos en especie.

Afinado por las evoluciones, debilitado en potencia orgánica, provisto por las necesidades y la industria de ingeniosas defensas, echa mano del recurso de los débiles, de los hormigueros y de los enjambrados, y forma el rebaño sanguinario, rapaz, asesino, invasor y ladrón.

Vístelo la civilización con ropajes seductores, lo exaltan las victorias de su astucia, lo enriquecen la industria y la guerra; pero subsiste viviente en su naturaleza y en sus luchas, el espíritu inevitable é indestructible del pillaje y de la carnicería.

La imaginación fabrica esas bellas ficciones, que mienten redención atentatoria á lo que formó irredimible é irremediable la Naturaleza, hermoso mentís fantástico á la alianza de los primeros rivales del felino, aliados eternamente en rebaños, en tribus, en naciones, rudos y crueles devastadores al principio, hábiles luego y sutiles saqueadores del vencido, á quien sólo salvan con vida y honor, inteligencia y astucia.

Te armo caballero!

Es un poético jirón de los días de intensa fe y de profundo amor de la Edad Media. Nuestro Tito-Livio, á quien llamara Acosta «el Tirteo de la literatura», nos muestra la caballería apoyada en la historia en los tres poderes que hacen vivir las sociedades: la fe, la consagración y el amor.

—Cuando un niño tenía la dicha de haber nacido de un gentilhomme, y de ser vivo y alegre, se le sacaba á los siete años de manos de las mujeres, para que corriera y se ejercitase al salto y á la lucha.

A medida que crecía en robustez, en edad y en aptitudes, de paje pasaba á escudero; servía al barón, servía á la dama su hija, marchaba tras su hacanea, llevaba sus cartas cuando ella sabía escribir y continuaba aquella educación de lealtad y de honor, aprendiendo valentía, soportando fa-

tigas, arrostrando peligros, oyendo hablar de proezas y de guerra, de hechos de armas y de amor, hasta hacerse arquero ú hombre de armas.

—A los veinte y un años se le hacía caballero: en las ideas del tiempo, mezcla de libertad salvaje y de devoción austera, semejante ceremonia era una iniciación. Velábanse en la iglesia muchas noches las armas. El aspirante era conducido al altar por sus padres ó por sus padrinos, que llevaban cirios. Celebrada la misa, se tomaban de sobre el altar la espada y el cinturón y se les ceñía.

«Precedían á esto multitud de ceremonias simbólicas: el baño, vestidos de lino blanco, la confesión, con frecuencia pública, la comunión, el juramento, que expresaba todos los sacrificios y virtudes impuestas al caballero: *Yo juro, decía, sostener el derecho de los débiles, esto es, de las viudas, huérfanos y doncellas, en buena lid.*»

Esa fue la gran fuerza que hizo honor á la Europa feudal: vez hubo en que pobres paisanos sublevados, armados de paños, desafiaron á brillantes caballeros, erizados de hierro, que prefirieron morir sin defenderse antes que sacar su espada contra villanos.

Idilio

Del tímido gorgojo silencioso, del secreto arrullo de dos aves arrojadas por una noche de tormenta de su rama de amor y de su nido, abrazadas en el misterio de las frondas frente á la playa recién azotada, no saldría tan íntimo, tan hondo y dulce, con la dulcedumbre del recuerdo de viejas lágrimas y muertas tristezas, el idilio que murmura, cuchichea, y gime y canta en los amores de Pierrot y Colombina.

El artista amable y piadoso ha encontrado para ellos un segundo inviolable y un rincón sagrado, á donde no vaya á desgarrar la infinita amargura de su idilio la crueldad indiferente de los que ríen y la dicha egoísta de los que pueden amar á la luz, sin antifaz de la miseria.

Rapto de Europa

Es la reproducción del gran cuadro del Veronés, que fue gloria del palacio de los Dux.

Bajo las vibraciones del maravilloso colorido, aparece esplendiendo la interpretación que hizo el inmortal maestro de la fábula de la princesa fenicia de quien se enamoró el padre de los dioses.

Zeus aparece transformado en toro, cautivando á la hija de Foénia con su mansedumbre, hasta dejársela subir á sus lomos brillantes, adornado el testuz con guirnaldas opulentas. Dos doncellas le componen los pliegues del largo traje de brocado, copia de los de la época veneciana, y

un coro de amorcillos escoltan, entre flores y frutas, á la candorosa y descuidada princesa, dulce carga del maravilloso cornúpeto, que lanza á las olas, sordo al empeño de los que tratan de salvar á Europa, que ya navega en viviente esquife mitológico, rumbo á las playas de Creta.

El águila explirante

J. L. GÉROME

El día espantoso de Waterloo, el águila gloriosa del genio latino, herida, ensangrentada, acosada por los vengadores que van á rescatar tantas victorias, ensaya escapar y levantar de nuevo el gran vuelo con el cual se alzó una y mil veces, poderosa y temida, asombrando la Europa.

La hora del destino había sonado; y así como se la vió magestuosa y tremenda, ceruida sobre los imperios, vésela también cómo se desprende, inmensa y bella, desde las cimas del espacio.

Así, hermosa en su agonía, la ha imaginado el grande artista, para que por su modelo se levante en el campo de batalla el monumento que perpetuará la grandeza para siempre incontestada del genio de nuestra raza.

La fuente del amor

J. H. FRAGONARD

Sóbria y fecunda alianza de pasión y de misterio..... La pareja ceñida de rosas se precipita á la bullente catarata de cuyos cristales los amores complacientes le ofrecen copa rebosante, hacia la cual tienden los ávidos labios. Los amantes han salido un instante de la sombra que los circunda, rasgada en un brillante relámpago por la rubia cabellera de la amada; ofrecen á las caricias gozosas de la luz la juventud gloriosa de su cuerpo; sus bocas se despliegan para el beso, y por la actitud y por todo cuanto los rodea, pronto se internarán en el asilo impenetrable de la floresta, cuya proximidad delatan algunos rayos de luz perdidos en la profundidad de la tiniebla.

En la muerte..... Sebastopol

DARWANT

Mil ochocientos cincuenta y cuatro á mil ochocientos cincuenta y cinco es el año terrible de Crimea.

Darwant ha imaginado un episodio de aquella guerra feroz, fuera del crugir estrepitoso de las viviendas que se derrumban, de los fuertes que reciben y expelen metralla, fuera de las filas que se aclaran y se nutren alternativamente con nuevas víctimas, en un furor inagotable de muerte y exterminio, hasta hacinar, en una sola batalla, noventa mil cadáveres de combatientes.

El pintor ha ido á recoger su escena en el silencio y en la semi-oscuridad de los bastiones rusos, en los que se veía una

imágen de santo, al pie de las cuales ardían cirios mortecinos día y noche.

Allí se depositaban los cuerpos de los que perecían en los últimos combates y allí permanecían, hasta que en la mañana se les conducía á los osarios.

Así, en silencio y en reposo, es más paavorosa y trágica la muerte.

Museo del Louvre

LUIS DAVID

Todos los retratos palidecen ante el suyo. Nada tan admirable como esa simplicidad de actitud, como el vigor de ese pincel, como ese rostro fresco, juvenil, alegre, que canta en sus rasgos la vida y la dicha. Diríase el retrato de una infanta en el esplendor orgulloso de su raza y prosapia triunfantes; y es, sin embargo, un sencillo retrato de familia, sin historia ruidosa y de alcurnia. El simpático encogimiento que hace ignorar si está en pie ó sentada esa dama es por sí mismo admirable.

Quien así se expresa, en palabras de más ó de menos, es Amaury-Duval Polyscope, en la *Década filosófica*, al dar cuenta del Salón del año IV.

Este retrato, cuya cabeza se ha comparado á la de un Van Dyck, representa á Madame Sériziat, née Pécoult, pintado por David en 1795, expuesto en los salones de 1863 y 1900 y adquirido por el Louvre, el pasado año 1902, aproximadamente en sesenta mil francos.

Sueño

J. A. MARIOTON

Amable y bello debe ser vivir bajo los *plafonds* de Marioton. En ellos revuela un fúlgido sueño de juventud, de amor, de sonrisas. Flores siempre rociadas por aljófár perpetuo; auras cuyo paso delatan las gasas que flotan; los amorcillos en fiesta, volando con tennes alas de libélula, en el esplendor rosado de una luz impalpable, cariñosa y risueña.

Los que duermen arrullados por amor, por juventud y por esperanza, tienen también en sus noches de auroras tempranas, ensueños semejantes á los que pueblan los *plafonds* del artista.

Sacrificio de Chorésus

J. H. FRAGONARD

Cuando se temía por las virtualidades del genio y por la belleza de la gloria de aquel incomparable gran pintor del siglo XVIII, Natoire tranquilizaba á sus colegas de París, en entusiasta misiva, bellamente escrita en la elegante lengua de su época: «No hay temor de que pueda enfriarse el fuego del genio en *le sieur Fragonard*. En verdad que muchas veces, por tal de excederse á sí mismo, parece inferior á como solemos verle de alto; pero

sabréis que fácilmente vuelve al punto que le asignó Naturaleza, y por intervalos veo en él cosas que me son de grande esperanza.»

Por encargo de la Academia, y por propio deseo de elevarse á la categoría de «pintor de historia» trazó y ejecutó este gran cuadro, que recientemente ha merecido que se le descuelgue de su primitivo sitio, y se le coloque glorificando una de las cimeras del Museo del Louvre, y que en su tiempo mereció la lírica y apolítica descripción de la pluma de Diderot.

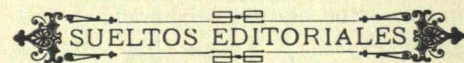
Luis XIV lo compró para hacerlo reproducir en los Gobelinos.

Flores de primavera

Por sobre las torturas del espíritu, por sobre las luchas de los hombres, continúa imperturbable, solemne y majestuosa, la gran Naturaleza.

Ahora, los favonios anuncian por los verjeles que viene, risueña y cantora, rítmica y perfumada, la hermosa teoría de la juventud y del amor del año, tejiendo la guirnalda tierna y multicolora de los brotes nuevos y de los pétalos intactos.

Los pintores son los poetas de esta mañana, risueña y dulce, que abre sus párpados rosados, de donde brota luz de aurora, sobre la invencible tiniebla del perpetuo conflicto humano.



DEFUNCIONES

Casi á diario viene la muerte arrebatándonos preciosas existencias que fueron alegría y orgullo de distinguidos hogares, hoy cubiertos de duelo y sumidos en honda tristeza.

Entre ellos tenemos que señalar los de nuestros apreciados amigos los señores don Manuel Fombona Palacio y General Jacinto R. Pachano, quienes lloran la pérdida del niño MANUEL ANTONIO; el de don Eduardo Calcaño, que acaba de perder á su hija ADA, esposa del señor Luis Calcaño; el de la numerosa familia Giusseppe y Monagas, de que era miembro el General PACÍFICO GIUSEPPE MONAGAS; y el de nuestro estimado amigo el doctor Tomás Aguerrevere Pacanins, que llora la pérdida de su tierno hijo PEDRO TOMÁS.

A todos los nombrados los acompañamos sinceramente en su dolor.

MAS DUELO

Dos nuevos nombres tenemos que agregar á la triste lista de los que en estos días han dejado de ser: el del señor JOSÉ RAFAEL RODRÍGUEZ, miembro de una apreciable familia que goza en nuestra sociedad de merecidas consideraciones y á la

cual pertenece nuestro amigo el doctor José Santiago Rodríguez, á quien presentamos la expresión de nuestra condolencia.

El otro muerto llorado hoy por los afectos de la familia, de la amistad y el compañerismo es HENRIQUE COLL NÚÑEZ, arrebatado á la vida en plena juventud y en plena ilusión, hijo de nuestro amigo el señor Pedro Coll Otero y hermano de nuestro querido colaborador Pedro Emilio Coll, á quienes acompañamos en su dolor.

FOLLETOS RECIBIDOS

Revista Telegráfica de Venezuela, Núm. 11, edición de gala—en conmemoración del primer aniversario del Gremio telegráfico de Venezuela.

Contribución al estudio de las serpientes ponzoñosas de Venezuela, tesis para el Doctorado en Medicina y Cirugía, presentada y sostenida por el señor B. Gutiérrez López.

Tres escritos del Doctor Carlos González Bona: homenaje á la América Independiente, 5 de julio de 1896.

Damos las gracias á los señores remitentes.

"MIS IDEAS"

Es el título de un folleto político del que es autor nuestro colaborador y amigo el señor J. I. Vargas Vila y que se refiere á los últimos acontecimientos de la guerra de Colombia.

Extractamos á continuación algunos párrafos que contienen pensamientos generales y opiniones de Vargas Vila sobre asuntos y hombres de aquel país.

Dicen así:

«La verdad es casi siempre dolorosa, y en política no conviene decirlo;

Los hombres gustamos de la mentira, como de un dulce licor, y nos embriagamos con ella sin reparo hasta venir al vicio;

Es alta misión del patriotismo descubrir los ídolos, para que los pueblos sepan lo que adoran;

«No decir nuestras culpas, ó hacer de nuestros pecados una doctrina indiscutible, para que los ignorantes la defiendan por sectarismo pasional, parece obra de salvajes, nunca de sabios, ni de patriotas;

«El amor á la patria—como el amor á la madre—crece con el Tiempo y la Ausencia;

«El Partido Conservador de Colombia se siente en los albores del triunfo!

La terrible anarquía de los liberales ha hecho más estragos en la Revolución que las balas del enemigo; las intrigas en el seno de la Causa, las ambiciones de los Jefes, las disidencias de todos, han sido un poderoso auxiliar del Gobierno para obtener el éxito en la guerra.

Las revoluciones que no se condensan en la persona de un Caudillo, se pierden irremisiblemente, porque las rivalidades, los celos, las indisciplinas, destruyen los ejércitos antes de combatir;

«El General Vargas Santos es un octogenario venerable, digno de la gratitud liberal por sus altas virtudes privadas y públicas, pero, á todas luces inepto para la Dirección de la Guerra;

El doctor Foción Soto es un comerciante honrado, hábil en números, buen comisionista; sus modales agrios hacen imaginar rebeldías y firmezas que no tiene; parece de acero, y es de cera; podría ser un excelente Administrador de Aduana, pero, nunca un Político, ni un General; no tiene aptitudes para guerrero; es un buen hombre, con mal carácter;

«Resuelto el problema difícil de la guerra, se yergue pavoroso el arduo problema de la paz;

¿Qué hará el Gobierno de Colombia?

La Revolución es un Ideal que no muere en los campos de batalla;

«Del pasado tenemos grandes faltas que corregir, tanto los liberales como los conservadores;

nosotros nada sólido edificamos, nada perdurable hicimos en el gobierno; importamos ideas y doctrinas inútiles por inadaptables, que fracasaron en la demagogia y el escándalo;

«Los errores de ambos Partidos se derivan de que han legislado, sin atender á las costumbres, necesidades, temperamento, y raza de nuestros pueblos.

El Partido Liberal, en su anhelo de innovar, llegó á demoler, sin construir; el Partido Conservador, en su afán estacionario, vuelve al origen primitivo, á la época de tribus;

«Paz, Unión, Fraternidad, en el seno de cada república, y luego alianzas exteriores en el Continente Americano; después, amplitud del latinismo al través de los mares, y habremos contenido la onda invasora de los yanquis, que sube, sube mucho, está muy alta!

El Partido Liberal de Colombia tiene que modificar sus evangelios!»

PERMANENTE

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.



Cansancio y descanso

La fisiología moderna enseña que el cansancio es la causa de más de la mitad de las enfermedades que padece el hombre, y raro es quien evita el cansancio en este nuestro tiempo de ruda lucha por la existencia.

Los experimentos realizados durante los últimos años, prestan un relieve extraordinario á los efectos que el cansancio produce en las celdas cerebrales. Sabido es que las celdas del

cerebro de todos los seres, desde las de la abeja hasta las del hombre, son muy semejantes y sólo varían en número, y en la manera como está organizado su conjunto.

Si se matan unas cuantas abejas ó unas cuantas palomas por la mañana temprano cuando están descansadas, y se ponen sus cerebros en el microscopio, se observa que sus celdas están bien definidas, los núcleos bien redondeados y las pequeñas cavidades ó vacuolos llenos de repuesto nutritivo, y que los productos de la descomposición que produce la fatiga han sido arrastrados por la sangre. Si se mata al caer de la tarde alguno de esos animales, y quien dice abejas ó palomas dice igualmente animales de los que tienen mayor resistencia, tales como los perros y las golondrinas, sus celdas cerebrales presentan un aspecto muy distinto. Están arrugadas, como deshechas y descompuestas, y en estado evidente de agotamiento. No cabe duda de que á poco más acabarían en agotamiento crónico y morirían por efecto de alguna de las innumerables enfermedades que ocasiona el cansancio, algunas de las cuales son lentas, mientras que otras, como la parálisis, ocasionan un colapso repentino.

El sueño normal vuelve á entonar esas celdas, y restaurándolas á su condición vigorosa las pone en condiciones de alternar en el ritmo diario de trabajo y descanso. Lo malo es cuando el reposo nocturno no basta para compensar las pérdidas sufridas durante el trabajo diurno; porque entonces las celdas se van gastando y deteriorando poco á poco, y el término fatal de ese desgaste es alguna dolencia crónica seguida, más ó menos tarde, de muerte.

Se puede matar á una hora dada á los animales para estudiar el estado de sus celdas; pero claro es que no puede hacerse lo mismo con el hombre.

Los experimentadores han suplido esta deficiencia, y desde hace diez años es infinito el número de personas que en los laboratorios fisiológicos se han sometido durante algunas horas al día á la prueba de contar letras y números, hacer operaciones matemáticas, escribir al dictado, leer en alta voz, retener en la memoria sílabas que no hacían sentido, etcétera, y el resultado de todas estas pruebas ha sido poner de manifiesto que durante el primer esfuerzo la actividad mental aumenta en rapidez y en intensidad. Durante los segundos cinco minutos, la mente y los músculos se muestran más vigorosos que durante los cinco primeros minutos, lo cual parece explicarse porque la excitación hace que se le hinchen ligeramente las celdas y que la sangre afluya con mayor abundancia al cerebro. Después de los primeros diez minutos el aumento de fuerzas decae y el trabajo principia á ser más lento, más débil ó menos exacto.

Para experimentar el cansancio de los músculos se hace uso de un aparato en el cual el individuo tira de una argolla que levanta un peso, y al hacerlo así, el aparato traza sobre un papel una línea equivalente á la altura á que se elevó dicho peso. Llega un momento en que, por grande que sea el esfuerzo que haga, el individuo no puede levantarse ni poco ni mucho. Es que ha llegado el agotamiento de las celdas del cerebro, ó

de la médula y padece, á consecuencia de ello, una parálisis temporal.

Prodúcese entonces un fenómeno extraordinario. Si el individuo sigue doblando el dedo periódicamente, cual si no cesara en su empeño de levantar de nuevo el peso, le vuelven las fuerzas y llegará á levantar aquél á considerable altura.

A esto se ha dado el nombre de «refuerzo.»

Un nuevo sistema de identificación de personas

LAS HUELLAS DE LAS YEMAS DE LOS DEDOS

Muy curioso es el folleto que sobre el sistema dactiloscópico de identificación de personas ha publicado don Juan Vucetich, jefe de las oficinas de Estadística é identificación de la policía de Buenos Aires.

En realidad, no se trata de un método absolutamente nuevo, sino del popularizado por Galton, y que consiste en la impresión de las yemas de los dedos. Pero la policía de Buenos Aires ha sido la primera que aplicó, á los procedimientos de identificación, las impresiones digitales sobre una base positiva y ordenada, y esto hace que las observaciones del jefe de aquel servicio revistan un interés singularísimo, por ser hombre que ha tenido ocasión de hacer y de estudiar veinte mil fichas de ese nuevo género, ó sea la impresión de doscientos mil dedos.

La experiencia ha demostrado que el sistema de las mediciones antropométricas que puso en boga Bertillon y que han sido adoptadas en casi todo el mundo, no deben inspirar confianza absoluta. Las dimensiones generales del cuerpo y de sus partes se alteran con el tiempo bajo numerosas influencias, y el color de la piel y de los cabellos, la expresión de la fisonomía, los rasgos, las líneas, la escritura, y hasta la coloración de los ojos, cambian con la edad.

Como si esto no fuese bastante, las mesuraciones de un individuo hechas por distintos empleados de una misma oficina, dan casi infaliblemente en la práctica otros tantos resultados distintos, lo cual arguye en contra de la exactitud del sistema antropométrico de Bertillon, y obliga á conceder márgenes de tolerancia demasiado amplios y á tomar una serie exagerada de datos dificultosos.

Una persona que se ha ocupado mucho en estos estudios, el doctor Carrasco, se hizo medir por tres empleados competentes del servicio antropométrico, y en las once mediciones que le hicieron hubo diferencias en diez de ellas: todas estas diferencias estaban comprendidas dentro del límite de la tolerancia que recomienda Bertillon, pero es de advertir que una consistía en figurar la cabeza con cinco milímetros y medio menos de largo con que en otra. Claro es que con tales tolerancias y tales errores no es posible conceder valor jurídico absoluto á una filiación hecha de ese modo, pues la sola probabilidad de confusión con otro individuo ha de producir dudas en el ánimo de los jueces.

El sistema de la identificación de personas por medio de la impresión que dejan las yemas de los dedos, se funda en que los dibujos de éstas permanecen inmutables toda la vida, desde tres meses antes del nacimiento, hasta que por la corrupción cadavérica se

POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 47 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

deshacen los tejidos. No hay accidente, quemadura, cicatriz ni nada que borre la forma de las curvas. Al mismo tiempo cada individuo tiene una peculiar combinación en las líneas, de modo que la coincidencia de los núcleos de éstas ofrece sólo una probabilidad de uno contra sesenta y cuatro mil millones de que no se trate de la misma persona. Esta probabilidad llega á la certidumbre cuando se comparan, en vez de un núcleo, los de los diez dedos de ambas manos.

Una prueba convincente se ha presentado en dibujos que presentan las yemas de los dedos del Sir William J. Herschell, tomada en 1860 y en 1888, es decir, en el intervalo de veinticinco años; durante todo ese tiempo, no variaron las líneas y en estas pueden verse veinticuatro «puntos característicos» de comparación que concuerdan perfectamente.

Cuando se ideó este sistema de identificación nadie dudó de su eficacia. El problema estaba en hallar la manera de clasificar las impresiones, de modo que pudieran constituir fichas de identificación fáciles de encontrar en pocos segundos. La observación de las impresiones dió la clave del problema.

Todos los dibujos concebibles de la yema de los dedos, se pueden encerrar en cuatro conformaciones fundamentales. Cualquiera puede observar que en las yemas de los dedos existe á un solo lado, ya sea el interno ó el externo, ó en ambos, un pequeño delta, ó si se quiere un pequeño gancho, donde se bifurcan las líneas que forman el núcleo del dibujo.

Puede observarse también que en algunos dedos no existen esos núcleos y que el dibujo está compuesto de simples arcos. Los cuatro grupos á que nos hemos referido se determinan por la existencia ó no existencia de esos ganchos. El primer grupo lo forman las impresiones que carecen de delta; se las da el nombre de *arco*, y en las fichas de iden-

De fácil tolerancia.—El doctor Esibó, de Villa de Cura, escribe lo siguiente á los señores Scott y Bowne:

“Me es satisfactorio significar á ustedes que en los casos en que he aconsejado el uso de la Emulsión de Scott, he obtenido los más favorables resultados, debidos en gran parte á lo correcto de la confección y á la fácil tolerancia del medicamento.”

El Factor más Importante.

La Naturaleza ha dotado al aceite de hígado de bacalao como el factor más importante de la reconstitución del organismo humano. El arte de Scott & Bowne ha perfeccionado la obra de la Naturaleza enriqueciendo las admirables propiedades del aceite, haciéndolo

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y de Sosa.

agradable, digerible y asimilable y completando su benéfica acción con el agregado de los hipofosfitos.

Siempre que el organismo esté debilitado, así como en su padecimiento resultante, la neurastenia y en el crecimiento y desarrollo lento y dificultoso de los niños, como en la convalecencia de casi todas las enfermedades, acúdase á la verdadera y legítima Emulsión de Scott, con toda confianza.

De venta en todas partes.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

10 A

GOTA
LICOR
DEL DR.
LAVILLE
CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS
REUMATISMOS



Libros de Registro para 1903

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

Contra las

ENFERMEDADES NERVIOSAS

VÉRTIGOS PALPITACIONES EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las

CÁPSULAS DEL D^R CLIN
al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS
y en las Farmacias. 636



RECOMPENSA NACIONAL de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.

Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO



EL APIOL de los D^{res} JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS



tificación se las significa con la letra A. El segundo grupo contiene un solo gancho, cuyas líneas se dirigen hacia el lado interno, ó sea hacia la izquierda de la persona que lo estudia; se denomina presilla interna, y las fichas se designan con la letra I. El tercer grupo lo constituyen las de un solo gancho, pero cuyas líneas se dirigen hacia el lado exterior, ó sea hacia la derecha; se le llama presilla externa, y en las fichas se le designa con la letra E. Por último, forman el cuarto grupo los dedos que tienen dos ganchos y entre cuyas líneas directoras se encierran dibujos muy variados; se les llama *verticilo*, y en las fichas se le designa con la letra V.

Admitidas estas cuatro divisiones, que forman el eje de toda clasificación, se ve á cuál de ellas pertenece cada uno de los dedos de las manos, y como estos son diez, fácil es de

comprender el número inmenso de combinaciones posibles.

Se procede del modo siguiente, que puede verse ilustrado en la reproducción de una de las fichas ó tarjetas de identificación dactiloscópica que se usan en Buenos Aires:

A la impresión del pulgar derecho se la llama *fundamental* y se la clasifica con una de las cuatro letras A, I, E, V, de que hemos hablado; á las impresiones de los otro cuatro dedos de la misma mano se las llama *división*, y se clasifican no con letras, sino con números equivalentes á ellas y que son 1, 2, 3 y 4, según que el dibujo de la yema del dedo sea de arco, ¹presilla interna, presilla externa ó *verticilo*. A la impresión del pulgar de la mano izquierda se la llama *subclasificación*, y se clasifica también con una de las letras A, I, E, V, y las impresiones de los cuatro dedos constituye lo que se llama *subdivisión* y se las clasifica con números como á las de la mano derecha. Por último, el conjunto de las clasificaciones de la mano derecha se las llama *serie*, y al de las de la mano izquierda se las conoce con el nombre de *sección*.

Por este sistema de clasificación se puede representar, así alfabéticamente como numéricamente, con toda exactitud las impresiones de los núcleos de un sujeto y darles un lugar fijo en el número de las mil veinticuatro series y un millón cuatrocientas ochenta y cin-

co mil quinientas setenta y seis secciones posibles.

Terminaremos diciendo que el sistema dactiloscópico viene dando resultados excelentes, no sólo en la identificación de criminales sino también para el de cadáveres y aun para el descubrimiento de crímenes, cuando los delincuentes han dejado impresas en sangre, ó en el polvo ó sobre algún objeto, la huella de sus dedos.

Cómo se defiende la sangre

Todo el mundo conoce la famosa teoría de Metchnikoff, según la cual, los corpúsculos blancos de la sangre ó fagocitas, devoran á los microorganismos perniciosos que invaden la sangre y llevan á ella las enfermedades.

Vino después Pfeiffer con su teoría de que cuando se introducía un veneno específico en la sangre, ésta suministra un antídoto apropiado que aglutinaba las celdas de los bacilos venenosos, los inmovilizaba, los hacía pedazos, los coagulaba ó los destruía por completo. Pfeiffer decía que en la sangre se encontraba siempre el remedio específico de cualquier veneno específico.

Siguió Ehrlich con su complicadísima teoría, que expuesta lo más sencillamente posible, afirma que los bacilos que atacan están formados por dos partes y que la sustancia que produce la sangre para combatirlos está también dividida en dos partes; para que el bacilo invasor pueda envenenar la sangre, tiene que separar las dos partes del defensor, pero al

CREMA y POLVO CHARMERESSE

HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.

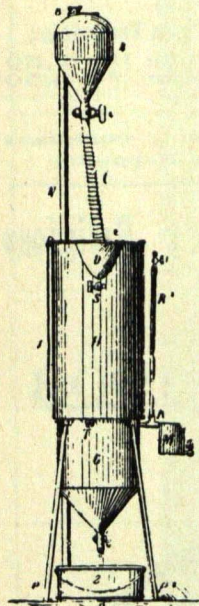
J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

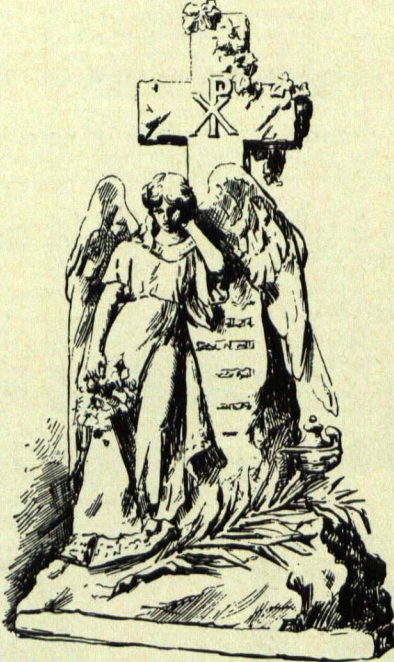
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento ACETILENO
APARATOS sistema Roversi
 Carburo de calcio de \$ 7 á 12 el quintal de 100 libras, según condiciones.
 Quemadores, Bunsen Hornillas, Lámparas, Tuberias y accesorios de todas clases, Instalaciones completas.
EL IDEAL á caída de carburo en el agua.
 PRIVILEGIO NUM. 161

Departamento MARMOLES
 Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos
 Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Más de 30 son los aparatos colocados.
 Carga de k 1 á 50 — Valor: de \$ 15 á \$ 250.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Roversi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rívero Saldívar—Montemayor, etc.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
 El remedio las **ENFERMEDADES DEL PECHO** más eficaz las **TOSAS RECIENTES y ANTIGUAS** para curar las **BRONQUITIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
 Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTATICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
 Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.
AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
 Medalla de ORO de la S^{da} de F^{ia} de Paris.
LABELONYE y Cia, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES

Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas, y Perniciosas, la Gripe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.

Depósito General, Dr. Paul GAGE hijo, F^{co} de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

DEL DR. GUILLIE

ACRIDUD DE LA SANGRE ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CELEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL**
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO
TRATAMIENTO Complementario del ASMA.
 Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, E^{nt}eritis, Tuberculosis.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.**

hacerlo así produce en la sangre una sustancia que dificulta la continuación de su propia existencia.

Esto, como hemos dicho, es bastante complicado. Pero este año el profesor Welch ha expuesto acerca de la manera que tiene la sangre de defenderse contra invasiones perjudiciales, otra nueva teoría más complicada que la de Ehrlich, y la ha desarrollado nada menos que en la conferencia que cada año da una eminencia en el Hospital de Charing-Cross, de Londres, y que otros años ha estado á cargo de sabios como Lister, Virchow, etc., y éste le ha tocado á él.

Welch afirma que la invasión de inmigrantes venenosos en la sangre produce en ésta una reacción, de la cual nace el veneno mortal para los invasores; pero que al ser éstos atacados por el veneno, perecen unos mientras otros se fortalecen, adquieren gran resistencia cual si hubieran sufrido una vacuna contra él, y renovadas sus fuerzas atacan con más vigor. La cuestión está para el enfermo, en que el veneno que produce su sangre sea lo bastante violento para matar á la mayoría de los invasores.

El cuerpo de los niños contiene, según Welch, menor número de antídotos que el

de las personas mayores para resistir á los ataques de los bacilos perjudiciales, y esa es la causa por la cual los niños pequeños cogen las enfermedades infecciosas con más facilidad que los adultos. El célebre profesor recomienda enérgicamente á las madres que amamenten á sus hijos, con objeto de transmitirles los antídotos que contiene el cuerpo adulto; apoya su consejo en el hecho de que los niños amamantados por su madre son siempre menos susceptibles á la infección que los criados con alimentos artificiales ó con biberón.

La electricidad para curar la dentadura

Para muchas cosas sirve ya la electricidad; su radio de acción hace ya tiempo que llegó al campo de la medicina, pero aún no había dominado el terreno odontológico curando enfermedades de la dentadura por medio de sus rayos.

El doctor Strebel, dentista y médico de Munich, acaba de hacer un descubrimiento que ha producido gran sensación; pues se trata nada menos que de curar las enfermedades de la dentadura con la aplicación de rayos eléctricos.

Varios casos de supuración de las raíces de los dientes los ha curado proyectando un foco

eléctrico poderosísimo sobre las cavidades óseas de las mandíbulas, en las cuales los dientes habían descendido y la membrana mucosa se había elevado. Por este medio la irritación va en aumento y llega á producirse una violenta inflamación. El tejido membranoso superior sube formando una capa y hace que la supuración cese, que las dientes pierdan la flojedad y se afirman en las encías y recobren todo su vigor.

La operación ofrece muchas dificultades, pero da excelentes resultados, y su uso se va extendiendo rápidamente.

El doctor Strebel ha sometido á su tratamiento á 14 pacientes, y en todos los casos ha obtenido un verdadero éxito. Todos los médicos que conocen el nuevo procedimiento tienen verdadero interés por él.

Telefonía óptica

Las primeras observaciones relativas á los sonidos que emiten las lámparas eléctricas de arco datan de pocos años. Como se presintió desde el principio, contienen en germen una solución importante de la «telefonía sin hilo.» Los primeros resultados obtenidos en esta vía son los siguientes:

Un dispositivo especial adoptado por el fisi-



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República



EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año 1903

Está á la venta

**POUDRE, SAVON &
CRÈME SIMON**

Productos, maravillosos
para suavizar, blanquear
y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre
Rechúese los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange butelière, Paris



APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

co Ruhmer le ha permitido telefonar en buenas condiciones á una distancia de siete kilómetros, tanto de día como de noche. La única precaución que hay que tomar de día consiste en proteger el receptor contra la acción directa de los rayos solares, por medio de un alerillo.

El fenómeno fundamental de la telefonía óptica es el siguiente: si las variaciones de corriente producidas por un trasmisor telefónico han sido convenientemente comunicadas á la

corriente directa que obra sobre una lámpara de arco, las palabras pronunciadas en el trasmisor se oyen como si proviniesen del arco luminoso. Este fenómeno se debe á los cambios de volumen del arco, que resultan á su vez de los cambios de la temperatura producida por las variaciones de la intensidad de la corriente.

Las variaciones de temperatura del arco son también la causa de variaciones correspondientes de la emisión luminosa y son estas últimas

las que se utilizan para la transmisión de los mensajes telefónicos sin hilo. Estas fluctuaciones luminosas son, además, tan rápidas que no pueden apreciarse á la vista.

Para enviar los mensajes en una dirección dada, Ruhmer emplea un reflector parabólico de 35 centímetros de diámetro. La lámpara de arco, para una distancia de dos á tres kilómetros, debe alimentarse con una corriente de cuatro á cinco amperes. Para 5 á 7 kilómetros, se necesitan 12 á 16 amperes.

El receptor consiste en un espejo parabólico semejante al trasmisor. En el eje óptico de este espejo se encuentra un elemento cilíndrico de selenio, en serie con dos teléfonos y una batería. El selenio tiene la propiedad de dar variaciones de resistencia bajo la acción de la luz. El haz luminoso emitido por el trasmisor determina variaciones de resistencia que concuerdan con las variaciones de las corrientes microfónicas del trasmisor, y variaciones semejantes se producen en el receptor, las cuales, á su vez, dan todos los sonidos.